



HOY,  
AL LEVANTARME  
(Y OTROS RELATOS)

ATAULFO SOLÍS CALLE

*Hoy, al levantarme*  
(y otros relatos)



*Hoy, al levantarme*  
(y otros relatos)

**Ataúlfo Solís Calle**

La presente edición, tanto de textos como de imágenes, es responsabilidad exclusiva y absoluta de sus autores.

Colabora con la impresión  
DIPUTACIÓN DE CIUDAD REAL

Imprime: Imprenta Provincial, Ciudad Real

Depósito legal: CR-174-2012

# POTENTE DESAFIO NUEVO

manuel muñoz moreno

Encontrarse con un potente escritor, que por circunstancias generadoras de impotencia, está en los principios de darse a conocer: lugar donde aún le pueden calificar de escritor en potencia, genera una secuencia de sentimientos, de fenómenos de intensidad y duración, con altibajos, variable. Provoca la sensación de vivir entre variaciones del tiempo: borrascas y anticiclones superpuestos. La sensación de que estamos ante desafíos nuevos que desatarán el nacimiento de nuevos críticos entre escritores viejos.

La obra que nos presenta Ataúlfo Solís Calle, con sus relatos de *“hoy al levantarme y otros”*, es un espacio literario al que hay que acercarse sin el pensamiento oxidado que han generado otras lecturas, dejando atrás toda herramienta vieja y herrumbrosa que nos haya servido de crítica para obras similares. Estamos ante un fenómeno de cambio profundo que es inútil comparar con otros escritores, con otras líneas generacionales o medirlos con los raseros de cualquier discurso narrativo viejo. El lenguaje narrativo de Ataúlfo genera su propia crítica, como lo hace la de Julio Cortazar o Roberto

Bolaño por citar dos ejemplos significativos en este tipo de narraciones en nuestras letras cada vez más globalizadas.

El lenguaje, la palabra en la narración de estos relatos, se convierte así en un tipo de salvación. A medida que nos adentramos en ellos surge el agradecimiento de cómo se utiliza la palabra. En cualquiera de los relatos aquí expuestos, la palabra adquiere una dimensión especial, singular; en cada línea narrativa la palabra tiene una forma o escultura propia que nos dignifica y la sientes como una ayuda indispensable en este camino de humanos (ante el deseo que tenemos muchas veces de que nos gane el mar en un mundo insoportable, al leer estas narraciones, quieres dejarte ganar por el mar de las palabras de Ataúlfo como tabla de salvación de una locura probable, provocada por todas las circunstancias). No es una escritura más, es una nueva forma de escribir que nos descubre o muestra otras dimensiones de nosotros mismos. Hace la ficción realidad o la realidad ficción. Y él es consciente, como buen escritor, del valor de lo que escribe: “mi realidad se acaba mezclando con la ficción” dice uno de sus personajes en el relato: “*hoy al levantarme*”.

La verdad está también en la ficción, sobre todo cuando el que las escribe lo hace como habla o quizás hable como escribe. Lo que significa que cree en lo que está haciendo, entonces las palabras se convierten en creadoras de verdad. Conozco al autor de estas narraciones desde hace el suficiente

tiempo como para poder afirmar con prolijas razones que son ciertos estos principios (no son nuevos, en ellos también creía Antonio Machado).

Ataúlfo utiliza sus relatos para justificarnos o dignificarnos, o mejor dignifica la miseria y la mediocridad diaria, cotidiana; es una constante, pero en unos relatos se resalta más, así nos lo muestra en “*a las diez donde siempre*”. Sorprende su paso —de un relato a otro— de una sensibilidad extrema a una sensibilidad sostenida o más entrañable (en esta cualidad es generoso). De una descripción desgarrada o desgarradora a un dibujo minucioso y acariciador del más pequeño de los detalles, hasta hacernos sentir cómodos en el cuadro con el fin de notar, palpar como ciertas las circunstancias y el desenlace: lo comprobamos en “*la libertad era esto*”.

Historias cotidianas que acosa hasta convertirlas en energía pura. Las impulsa hasta que desaparecen de ellas todo atisbo de cotidianidad, de mediocridad.

Después del tercer relato “*la posición*” o quizás del primero, no puedes parar. Te han atrapado las palabras y metido en su mundo de verdad, en nuestro mundo de verdades; pues apenas seríamos nada sin ellas —las palabras—, algo más que simples bestias de carga.

“*Mucho dolor es morir. Ningún dolor es estar muerto*”, otro relato que nos introduce el frío en la “espinas” dorsal: es



una constante su descripción de ese frío permanente que nos muestra desamparados en un vivir que no necesita de otoños o de inviernos para manifestarse. Ataúlfo Solís Calle, crea imágenes potentes (al mostrarnos su mundo de ficción o el nuestro de realidad), inesperadas que hacen que su prosa nazca impregnada de poesía. La muerte —en este joven autor— ronda sus relatos (quizás por la desaparición de un antecesor antes de lo previsto, como todas las muertes, que lo dejó marcado o lo ha dejado marcado de por vida) y carga de filosofía el sentimiento de vivir y la forma de hacerlo. Es una maestra que guía el trazo de sus líneas. Le hace generar, en esta trama, una elegía pura, prosa poética que eleva el hecho hasta hacerlo espíritu.

Atrapado en cualquier hora, pero me gusta la madrugada, se vienen los relatos a los ojos y no puedo desprenderme de ser guiado por sus líneas regulares o alteradas: *“el sombrero de Parker”* o *“el poeta silente”*, hacen sentir experiencias nuevas, ir de sorpresa en sorpresa. Sorprende tanta fuerza, la enorme fuerza de las palabras en un autor joven que hacen que toda experiencia, que toda influencia sea tan antigua como la memoria colectiva del ser humano. Rayan los arquetipos en cada uno de sus personajes.

Así, de frase en frase, de palabra en palabra, nos conduce hasta un desierto dejándonos ante nuestro propio espejo: eso es el último de sus relatos en este volumen, *“hoy al*

*levantarme*”. ¿Habla en él de su realidad o de la nuestra? ¿De su ficción o de nuestras verdades irreales? Lo cuestiona todo para que el pensamiento vuelva surgir limpio, ¿crítica o ironía permanente? Qué más da. Son reflexiones, profundas, cultas, actuales, agobiantes, esquizofrénicas (como la realidad misma o como la ficción real). Exageración que busca el reencuentro con el yo o con el otro yo. Ansia de abrir brazos, o crear lazos, o dar abrazos. Sólo sometido a la soledad, voluntaria o no, del creador puede conseguirse esta altura narrativa, así consigue Atáulfo mostrarnos los trazos más bellos en una escritura ágil y rica. Este último es su relato más intenso el que nos descubre los múltiples “yoes” que nos habitan; o las múltiples caras que tenemos; o las múltiples angustias neuróticas que nos inundan. O los grandes o pequeños monstruos que somos. O los grandes o pequeños hombres que todos llevamos dentro.



*A mis padres, principio y fin  
de todas mis cosas.*

*A mi abuelo, donde quiera  
que me espere...*



*Y a esto le sigue un suspiro, luego un leve encogimiento de hombros y otro suspiro, y encima de una de las puertas tapadas por cortinas de terciopelo rojo de Harry´s hay un cartel, y en el cartel, con letras que hacen juego con el color de las cortinas están las palabras “ESTO NO ES UNA SALIDA”.*

**BRET EASTON ELLIS**

*American Psycho*

*No había mucho que hacer; era demasiado tarde. Estábamos en el culo de América donde se reúnen todos los rufianes, donde tienen que ir los desviados para estar cerca de otro sitio específico al que pueden deslizarse sin que nadie lo note.*

**JACK KEROUAC**

*On the road*

*La noche siguiente, en otro restaurante, el astronauta estaba llenándose el buche, sobrio perdido, y se acercó un chaval de unos catorce años a la mesa a pedirle un autógrafo. El astronauta se hizo el tímido un momento, fingiendo embarazo, y luego garrapateó su firma en el pedacito de papel, que le entregó el muchacho. El chaval lo miró un momento, luego lo rompió en cachitos y los dejó caer sobre el regazo del astronauta. —No todo el mundo te quiere, amigo —dijo.*

**HUNTER S. THOMPSON**

*Miedo y asco en Las Vegas*



## A LAS DIEZ DONDE SIEMPRE



... joder, siempre igual siempre igual a las diez donde siempre con esa voz meliflua y de niña pija vale de puta madre a las diez donde siempre y luego llega a la hora que le da la gana y mientras yo aquí pasando más frío que un gilipollas pero me va a oír en cuanto llegue si es que llega... perdona no he podido venir antes es que bla bla bla bueno que más dá ade-

más acababa de llegar es que como sabía que alomejor llegabas tarde bueno vamos a pasar que tengo la boca seca.

CH es un garito donde vamos E y yo cuando queremos estar solos sin que nos moleste nadie aunque la verdad es que siempre aparece alguna de sus amigas con cara de coñonosabía-queestabaisaquí y se pide una copa que tendré que pagar y nos de la brasa durante media hora y luego se pira riéndose como si encima nos hubiera hecho un favor y yo la verdad paso de casi todas.

I es el camarero del CH es un tipo bajito y regordete con cara de cachondo y los dientes muy raros bueno más que raros sus dientes son feos y de un color amarillento con los bordes de las encías negros como si fuero uno de esos viejos rechonchos que no se dedican más que a fumar puros del tamaño de un bate de béisbol.

—Un White Label con naranja y para “miss puntualidad” nolosé así que pregúntaselo a ella ¿qué quieres?

—Yo quiero dice mientras le echa una rápida ojeada a todas las botellas que se agolpan en las repisas...y me echa una mirada de malahostia... una botella de agua...

Le doy una calada a un porro que me he hecho en el cutreserviciodel CH mientras la miro fijamente de arriba abajo cosa que se que odia y que se pone de los nervios cada vez que lo hago lleva un jersey violeta desteñido en las mangas y en el cuello y unos pantalones negros ajustados con unas botas de montaña marrones oscuras.

—Qué miras dice mientras le da un pequeño sorbito a la pequeña botella de agua a la vez que pone cara de Uma Thurman en pulpfiction.

E tiene el pelo largo y moreno y los ojos grandes y negros y es casi tan alta como yo pero con tetas y seguro que con mucha más sensibilidad que yo pero eso a ella no creo que le importe y es una de esas chicas que a simple vista parecen frías pero que luego resulta que les va la marcha como a la que más quizás sea eso lo

que llame la atención de ella aparte de que pasa inadvertida a los ojos de mis cretinos amigos.

Mientras suena nowomannocry de bobmarleyandthewaylers intento morderle el cuello y luego bajo hasta la comisura de los labios y noto cómo empiezo a sudar no se si por el fabuloso efecto cannábico o por eso a lo que algunos llaman amor con mayúsculas la duda se resuelve en cuanto llego a los labios e introduzco mi lengua en su boca en ese momento me tengo que quedar en la misma posición en la que me encontraba debido a que mi erección es considerable en todos los planos tanto en el sexual como en el geométrico y luego ella lo arregla todo dándome un gran beso sonoro en los morros y apartándose para beber un pequeño sorbo de agua y bajarse el jersey hasta su posición normal y moral.

Tiro la colilla del canuto a un patio viejo de camino a su casa y cuando llegamos a la esquina cerca de donde vive y donde no nos puede ver su madre le doy un último beso y le digo con cara de humphrey bogart en Casablanca...  
TE LLAMARÉ.

La mesa de mezclas es pequeñita con cinco canales y sobre la que descargo todo el peso de mis ritmos apoyados por dos simpáticos technicians que son mejores compañeros que los perros porque te dan siempre lo que esperas y si no siempre lo puedes volver a intentar mientras miro a dos niños que cuchichean y me señalan desde la grada del J.

El J es un local paragentedetodaslasclases con una barra circular de madera y con dos camareros que también son los dueños y también son mis jefes y no me llevo mal con ellos aunque de vez en cuando tenemos roces pero luego se portan de puta madre conmigo mientras miro con cara de pocos amigos a los dos niños que se acercan a la barra a pedir.

THE FIRST REBIRTH de JONES & STEPHENSON suena mientras un disco da vueltas y más vueltas en mi dedo índice y luego lo dejo caer sobre el plato de mi derecha y me coloco los cascos. ALL NIGHT LONG de PETER MURPHY es una de esas canciones minimalistas en plan karma y con unas subidas espectaculares aun-

que lo que de verdad es espectacular son las tetas de la rubia que bebe vodka con una pajita y que me sonríe desde la maquinita de las bolas de chicle y como iba diciendo que me sale una mezcla cojonuda y la gente me mira con cara de queco o demusicaes esto que escucho pero yo no les hago caso y me limito a sacarles la lengua a los dos ni atos de la barra que hacen ademanes de irse.

Sigo pensando que los amigos de verdad no existen solo existen los amigos circunstanciales los que se guían por las putas circunstancias si esto me gusta y tu haces lo que me gusta pues de puta madre porque vas a empezar a ser mi colega y todas esas mierdas que te dicen los amigos cuando se pegan una gran fumada y si ahora vas por otro camino que no vayan con mi rollo pues ah ı te quedas tirado pero bueno dentro de lo que cabe yo no tengo malos amigos aunque de vez en cuando se les vaya la cabeza y se pongan la hostia de agresivos mientras estoy pensando en la agresividad de mi primo R cuando va puesto veo a una tía que me est a haciendo señas con la mano como si me estuviera saludando pero debido al mencionado efecto

cannábico no aprecio bien quien es hasta que se empieza a acercar y comienzo a maldecirme a mi mismo porque es una mierda que todo el mundo se te acerque pensando que son criticos musicales.

...hola B que tal estas supongo que bien es que como no te veía no te he dicho nada espera un momento que se me acaba la canción pongo otra y hablamos un rato ¿vale?

B es una amiga de E delgadita y muy graciosa y casi siempre que la veo se está riendo con una gran sonrisa que ocupa casi toda su cara hoy lleva un traje gris combinado con chaqueta y pantalón y camisa fucsia y probablemente sea de las pocas amigas que me caen bien de E ya que entre ella y yo existe una cierta complicidad ya que me ayudó a salir con E y le habló bien de mi en fin cosas de tías.

—¿Quieres algo?

Le digo mientras me quedo fijamente mirándola hasta que ella pone cara de vayapuesto-quellevasencimatio.

—No puedo quedarme en realidad quería que me hicieras un pequeño favor.

—Dispara pequeña (John Wayne en Centauros del desierto)

—En realidad es un favor que nos tienes que hacer a todas porque nos vamos de campo y queremos pillar costo no mucho unas DOSMILPESETAS si para el martes tu crees que vas a poder oye si crees que te vas a meter en algún lío o algo pues déjalo y ya está o si te tenemos que pagar algo pues también nos lo dices y te lo pagamos.

—¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿DOSMILPESETAS??????? Chillo asustado.

—Bueno si hay un mínimo pues nos lo dices y ponemos más pero no crees que va a ser mucho pregunta.

Me jode que la gente no sepa hablar en argot qué coño es eso de DOSMILPESETAS no hostia no DOSTALEGOS de toda la vida de dios pero su-

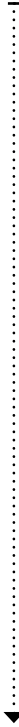
pongo que si pero me tienes que dar las pelas antes porque a mi me has pillado un poco ... no pero aquí no me las des que parece que soy un puto “dealer” del BRONX y no me gusta bueno pues luego cuando nos veamos en FA me lo das y ya está ¿vale preciosa?...

No jodas no no cómo coño quieres que te los de ya hechos eso no lo hace nadie precisamente la gracia está en currárselos pero bueno todo sea por vosotras aunque todo esto en realidad lo hago por ti ... adiós y nos vemos luego...

Y nunca mas nos vimos.



## LA LIBERTAD ERA ESTO



El viejo abrió la puerta despacio... asomando parte de su cabeza de entre los chirriantes pernios.

Tenía las orejas grandes, era lo primero que saltaba a los ojos, a modo de palas, poco pelo, y el que le quedaba, del color de la nieve ya pisada. Vestía de la misma forma hacía ya seis

o siete años, quién sabe, quizá mas: su vieja casaca azul sobre una desteñida y gris camisa a botones, sus pantalones oscuros y raídos en los bajos, sus botas negras...negras y limpias, tanto que la plateada hebilla del cinturón deslumbraba en su destello.

Así era el viejo comisario. Aquel que estuvo preso muchos años porque era de los "otros"... aunque eso, tampoco nadie lo sabía.

Un gran puro humeaba en su boca como una chimenea recién desfogada. Era uno de esos puros color del cobre viejo y, a razón de su tamaño, le duraba hasta la tarde, quizás hasta la noche.

Era hombre de pocas palabras, taciturno, de mal genio y de peor despertar; era frío...pero sensato.

Y criticón. El destino de sus amargas críticas era la Dictadura bajo la que vivía y sus compadres presos.

Pasamos a la vieja cocina y nos sentamos.

Era una habitación pequeña, con estufa de leña color de la plata vieja en uno de sus lados y un sofá marrón y agujereado al otro. Una pila de libros se agolpaba en la marquesina de la ventana... “Son acumuladores de polvo...y de recuerdos” solía decir el viejo comisario.

Y al lado de sus viejos libros, se encontraba su libro de poemas, también viejos, escritos en presidio.

Los techos brillaban, amarillos, del humo de su puro diario, y los cristales, rojos del óxido desprendido de las viejas ventanas.

Un arco iris de recuerdos y polvo.

Como los libros.

Mientras, en la cocina, se iba creando una maraña de humo que impedía nuestras figuras. El viejo miraba mi cigarro mientras libaba de su puro y parecía pensar. Quien sabe si en el sabor de las hojas o en la muerte de nuestros fantasmas. Nadie lo supo.

—¿Qué pasó?. Deje caer.

—Sólo pasa Octubre. Susurró melancólicamente al oído del habano.

—Ya queda menos, viejo, pronto podremos salir y reírnos y emborracharnos y pegarnos...y hacer de nuevo amistad, como si no hubiese pasado nada, y no tener que pensar que un arma descargue en tu cabeza medio quilo de metralla.

—No cambiará nada en éste perro sitio. No te hagas ilusiones. La ilusión es solo el recuerdo que te queda de otros tiempos, y que, junto con la esperanza, cobran vida en un rincón pequeño de tu cabeza.

—Y del corazón, viejo, y del corazón.

—Sandeces, chico. Lo mejor que puedes hacer es marcharte lejos de aquí. Cuanto más lejos, menos recuerdos.

—Pero más sufrimiento.

—No me llames comisario... ya no lo soy, fueron otros tiempos. Y su mirada grave dejó de observar para desprenderse del presente e intentar atisbar un futuro que, para el, ya no existía.

Todos pensábamos de la misma forma y la Libertad se tocaba con las yemas de los dedos. La Libertad estaba en las cantinas, en las calles y hasta en los muros de las iglesias (el viejo soltó una carcajada y quedó un rato riendo), hasta en los perros. Sobre todo en los perros.

—Buena época...

—La única que había, la que por suerte, o por desgracia, nos tocó padecer. Hasta que...

—Hasta que llegó Él.

—Todos fuimos Guillermo Tell y todos comimos la misma manzana, la que más tarde habrían de colocarnos sobre nuestras cabezas. Déjalo estar...

—Sea.

Hubo un momento de silencio que se quebró al levantarme. El abuelo se levantó conmigo:

—Daré una vuelta.

Agarró el pomo de la puerta y tiró con fuerza. Encendió su puro apagado y comenzamos a andar, juntos, callados.

El abuelo estuvo derramando sangre cerca de una hora, brotaba de todos lados y se mezclaba con mis lágrimas.

Una mirada. Y expiró.

Mientras yo subía la cuesta, unos tipos armados se lo bajaron en una caja de contrachapado.

No tuvo culpa.

No hizo nada.

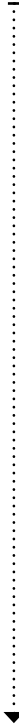
Sólo gritó...

...¡LIBERTAD!

Perro mundo.



## LA POSICIÓN



### ***DECÚBITO PRONO***

Ya no se como me llamo. Pero siempre confiaba en ella para despertarme. Sus intensos labios me acariciaban cada mañana dejándome un dulce regusto que se prolongaba durante todo el día. Pero hoy no lo hizo, no me había llamado. No estaba allí. Hasta hoy nunca

me había fallado. Mi trabajo es un asco. Un lunes de lluvia ella empezó a dejar de regar las macetas y de escribirme palabras de amor en esos papelitos amarillos que dejaba adheridos, como sin querer, en la puerta de la nevera. Hoy hace justo un mes, me dejó. Desde entonces sigue lloviendo. Cuando llegué, no había nada. El silencio se había suicidado. Su muerte, la del silencio, arrastró la vida de mi mujer a una playa que no conozco. Posiblemente a una playa desierta. Nunca me lo dijo. Ni siquiera me dijo adiós. Llevaba algunos años gazapeando en la vida sin descubrir nada nuevo. No digo que lo descubriese después. Se cansó, sin más. No tenemos hijos. Nunca tuvimos tiempo para concebir nada. Y mucho menos hijos. La realidad es así de cruel. No puedo cambiar la realidad. Es la botella barata que guardo en ese cajón. Siempre medio vacía.

Me solía cepillar los dientes todas las noches antes de dormir. Ahora he dejado de hacerlo porque no quiero que desaparezca el sabor de su último beso. Todavía anida, como una conjura o un hechizo, en mis papilas gustativas como una especie de letargo sentimental. Durmiendo

para siempre y dejándose acariciar, algunas veces, cuando entran en atormentada conjunción: su foto, mi boca y las lágrimas. Aparte de ese sabor que se repite invariablemente en mi boca, tengo una foto suya. Éramos novios. La llevo siempre en la cartera. Ella sabía que yo la conservaba pero nunca me dijo nada. Solía mirarse en esa foto mientras yo me duchaba. Ella creía que no la miraba. Yo sabía que cogía mi cartera. Sacaba la foto y ladeaba la cabeza en un intento de imaginar. Luego se quedaba *in albis* unos instantes. Era su lenguaje.

Mas allá de las palabras. Mas allá de los papeletos amarillos. Ladeaba la cabeza. Solo eso. Ya está. Algunas veces lloraba. Otras no hacía nada. Solo tengo esa foto suya. No entiendo que ha podido pasar. Nuestra vida era aburrida. Pero era nuestra vida. Llevo sin dormir un par de días. Solo whisky, antidepresivos y un dolor que dura dos días. Dos días de lluvia.

Los mejores momentos de mi vida. Cuando la vi por primera vez. Vivía cerca de mi. Pasé cerca de su casa con la excusa ausente del errabundo. Mientras, yo, adivinaba su rostro.

La observaba, discreto, por encima de los visillos de la cocina que daba a la calle. Cuando la conocí, llovía. Ella estaba en una tienda de discos. Silvio Rodríguez. Ni me miró. Al terminar la canción, dejó los auriculares en la plataforma que los sostenía, y un minuto después, desapareció. Seguía sin mirarme. En un intento macabro de dilapidar mi poco capital en aquel disco, caí en la cuenta del amor que generaba mi enfermo cuerpo. Como una central nuclear. Compré el disco. Me dirigí a su casa. Estuve cinco horas en la puerta trasera, pensando. Imaginaba muchas cosas. Me despertaron a las once de la noche. Acurrucado en la gabardina, sujetando con ambas manos el disco. Cuando se lo di, esbozó una sonrisa y dijo conocerme. Eres el chico de la mirada triste. Yo dije: Creo que no tengo que esperar mas.

Hoy no me quedan fuerzas para seguir. Viendo andar el tiempo, contemplo las personas desde mi ventana. Se ven tan pequeñas desde aquí. Realmente somos pequeños. Mis pies cuelgan ya sin vida presagiando su fin. Si ella estuviese ahí abajo. Si me estuvieses mirando comprenderías el porque. Mi mirada

la busca pero es inútil. Fundido en negro. Ya la veo...

### ***DECÚBITO SUPINO***

Miré hacia arriba porque alguien gritó mi nombre. Solo vi alguien sobre un fondo negro. Siempre pensé que hay miles de razones para suicidarse. Solo hay que buscar la adecuada. Probablemente fue lo que hizo. Buscó una buena razón y se dejó caer. El suicido es dejarse caer. La mitad de la gente que pasea no se da cuenta. Somos tan pequeños. Como mi marido. Me enamoré de él cuando lo desperté una noche, acurrucado en su gabardina, helado de frío, amarrado a un disco. Me lo dió. Yo le dije que lo conocía. Pregunté su nombre. El me dijo que se había enamorado de mí. Tras aquella rendida actuación, yo quedé cegada por su energía luminosa. Era como el generador de una central. Un todo eterno. Sus ojos me miraban y me decían que me quería. Sus manos firmes me tocaban, erizando el vello de mi cuerpo en ciernes. Me quería.

Me pareció haberlo visto horas antes en la tienda de discos. Era tan humanamente débil. Y a pesar de todo le quería. Nunca tuvimos hijos. El nunca tenía tiempo. Las jaquecas se sucedían día tras día en un marco sin lienzo. Me deprimía constantemente. Por cualquier razón. En él descargaba todas las culpas, sin concesión. La vida le trató mal. Descubrió hace unos meses que tenía cáncer. Nunca me dijo nada.

El nunca decía nada. Solía dejar los análisis en su cartera. Los miraba, los doblaba y los guardaba. Le descubrí porque, junto a ellos, guardaba una foto mía en su cartera. Todos los días, azuzada por ese sentimiento melancólico, mientras se duchaba, miraba nuestra foto. Dejé caer, ingrávida, mi cabeza hacia un lado, como atontada por el pretérito, observé un papelito blanco que hacía aquella cartera un poco mas abultada. Y descubrí el cáncer. Curioso. Cáncer, en un papel blanco. Inmaculado. Nuestra negra vida se hundió con un papelito blanco.

No pude leer más. Solo vi su nombre. Después solo vi cáncer. Observé cómo evolucionaba porque todos los días cogía su cartera. Jamás

me lo dijo. Sabía que no quería que yo sufriera. Los días tristes. El primero fue cuando descubrí que tenía cáncer. No me lo dijo. El segundo fue cuando me marché sin decirle nada de nuestra casa. Desde entonces no ha parado de llover. He estado dando vueltas todos los días, una vez tras otra. No había lienzo. Solo existía el marco. Un marco negro. Muy negro. Nunca tuvimos hijos porque estábamos demasiados ocupados intentando desviar nuestra mirada, presurosos. Nos rozábamos en el pasillo y desviábamos la mirada. Comer juntos era esperar que la televisión hiciera las veces de mediadora. Pero antes no era así. Yo le escribía palabras de amor en papelitos amarillos. El sonreía y me besaba sin decir nada. Todo estaba dicho. ¿Nos queríamos?

Ahora vivo en un acantilado sin salida. En la marabunta diaria del ritual sacro de las ataduras. Cavilando. Desgajada de él. No le he dicho nada para no hacerle más daño. Me he esfumado sabiendo que razones para suicidarse hay muchas. Yo he encontrado la mía. El suicida de hace unas horas me hizo recapacitar. Y comencé a deprimirme por todo. Juraría haber oído

mi nombre. Espero que lo entienda. Que sepa que le quiero. Observo a los pequeños —diminutos— hombres y mujeres, que pasean echando la vista arriba. Si el estuviese ahí abajo. Si el me mirara comprendería porqué. Todo se vuelve negro...

MUCHO DOLOR ES MORIR,  
NINGÚN DOLOR ES ESTAR MUERTO



Todavía recuerdo aquella mañana, soleada de dudas y nubes estiradas, como si fuese anteayer. El indolente sol de otoño quiso despertarme, de súbito, a modo de ajada premonición, desvaída de argumentos, y confesándome en místico secreto, su pesar sobre lo pasado.

Era domingo. Era octubre. El último domingo

de un octubre rancio, apetente de frío, amañerado en formas que tornaban en haces de luz sesgados, de vez en cuando, por aquellas nubes estiradas que jamás amenazan lluvias; una suerte de ronquidos celestiales que nunca amenazan nada porque nunca hubo nada que amenazar.

En ocasiones contadas, cuando se disgregan las ideas inconclusas en tu mente y te quedas solo con la idea atenazante, esa que reverbera en mezquino dolor, te hundes para siempre en un lodazal de angustias y sinsabores ubicado en el tablero vital y confuso del paroxismo suicida. Cuando te arrojan la dolorosa verdad con fuerza, una escarcha nerviosa recubre de inquietud tu amedrentado e insensible rostro. Porque el común del dolor va indisolublemente unido al disfraz de la verdad; porque a las verdades como estas, las acompañan dos tapones de cera terrorífica que impiden oír, que no te dejan escuchar, porque los ojos hablan y te dicen de la muerte: sin rodeos, prestos, sinceros (porque la sinceridad no se oculta, se deja entrever al trasluz del alma).

La sinceridad de los ojos de aquella vecina cuando bajé de mi casa me habló de la muerte, y todo aquello en lo que creía se derrumbaba a cada paso que iba dando, (pasos que daba, dudas que acechaban, y el dolor que vivía en mí y empezaba a romper su caparazón tamizado de secretos). Y desapareces. Y te apagas. Como un emigrante que también se apaga y desaparece. Y con él, dolor, en la misma maleta que muerde con saña los recuerdos oscuros, pero que le acompañará hasta el fin de los restos: de hecho, el dolor no es un sentimiento: mucho dolor es morir, ningún dolor es estar muerto.

Crucé el umbral de la puerta a cámara lenta, despacio, con mucho miedo, porque ya sabía lo que me iba a encontrar, y el miedo es la defensa del hombre ante situaciones de dolor. Miedo y dolor. Camaradas en lo ilógico y en lo divino, en lo real y en lo onírico, en definitiva: hermanos de sangre. Pasé a la habitación y aquel momento se me quiso definir así: en su vieja butaca de mimbre (fiel compañera de lecturas), el cuerpo hierático, rígido y sentado a plomo; su cabeza ladeada y su boca entreabierta como el pez muerto; su boina negra premonizaba la

muerte en el suelo; sus brazos huesudos encauzaban hasta sus manos, callosas de trabajar, que se agarraban con fuerza al mimbre. Como el que se aferra a la vida.

Sus piernas rígidas susurraban que en otro tiempo fueron fuertes, como la de la mayoría de gente que recorría kilómetros hasta llegar a su pequeño paraíso, que era su huerta (y era subsistir), que no era medrar porque fue cariño al terruño y no desazón por trabajar, sino alegría por vivir y salir adelante. Su raída casaca azul, quemada ya por la ceniza de su último puro, se desplomaba sobre sus hombros como se desploma una iracunda tormenta, pareciendo adivinar el presente que se le acercó. En la mesa (su mesa), estaba el periódico del día, su otro compañero. Juntos formaban un gran equipo: puro, diario, la silla de mimbre y el hombre. Y la felicidad costaba tan poco...

La misma felicidad mutaba en alegría infinita cuando alguien iba a verle, pero sus ojos, espejos esmerilados, adoptaban otra postura en sus cuencas arrugadas cuando me oía llegar. Por eso, por aquel gesto de complicidad

mínima, merecía la pena pasar hablando con él horas y horas, reducidas ahora a miserables segundos. Hablábamos y discutíamos y se enfadaba y proponía soluciones (a veces descabelladas), que me hacían esbozar una sonrisa, y él seguía tejiendo en su mente grande la maraña que nos unía.

*Leo, y mi voz, todo energía  
Y dije un día, si mi grito estalla  
Que arrojaré al abismo las vilezas  
Que tuviera en mis manos  
Mil descargas\**

Y reía. Él no era como los demás; la soledad cambió su forma de proceder y cuando quería a las personas, las quería de verdad, hasta el final, como se quiere puramente. Sin complejos sin ataduras, porque los sentimientos con ataduras, son sentimientos velados, sentimientos impuros que chocan y no dejan vislumbrar su verdadera razón de ser.

Como un todo eterno, su cuerpo sigue ahí, pero una parte grande de su alma me merece, y yo le correspondo día a día guardándola en una humilde parcela de mi corazón. Estoy se-

guro que, si no el último, el penúltimo pensamiento de su vida fuerte, fue mío, porque él me lo dijo, porque me lo dice todas las veces que miro su foto: él está conmigo en cada instante, porque lo nuestro no era amor, era necesidad sin ornamentos. Estábamos hechos uno para otro. Él lo sabía y yo lo sabía. Nunca lo dijimos porque éramos amigos y los amigos no necesitan decir esas cosas para sentir las. Porque esas cosas se saben y se conocen. Porque la necesidad hace al hombre y la comprensión era mutua, y la felicidad, cuando estábamos juntos, era mutua también. Yo lo necesitaba a él, en la justa medida que él me necesitaba a mí. Ahora le echo de menos en cada momento, pero me siento feliz porque supe desgranar, una a una, todas las palabras que salieron de su impúdica boca y que anidaron en mis oídos para que permanecieran junto con el ansia y sus anhelos. Ahora míos.

Sólo existe la rigidez de su cuerpo amortajado. Sólo existen sus arrugados labios pegados con algún pegamento inerte. Sólo sus ojos cerrados adivinando unas pupilas inconclusas. Pero a pesar de todo, lo sigo mirando y toco

el cristal de separación de la caja de madera y, como si de un acto reflejo se tratara, o de un dejavú quizás, toca mi mano y quiero oír algo, su voz me esta diciendo hasta luego, no dice adiós. Él nunca decía adiós. Y no me besa porque no le gusta besar. ¡¡Chorradas!!, decía, como quien habla de nada.

El sueño eterno, agazapado entre sus libros, le espetó y lo llamó a puerta gayola, y aquel enjuto de rostro y carnes y mirada infantil y tierna, lo toreó en el cossío de la vida, pero fueron más fuertes las cogidas que su débil capote grana y el cuerpo del hombre no aguantó. Y se negó a entrar en la enfermería, porque, como las grandes figuras, quería morir en su tierra, en la anodina tierra de la plaza. En la que le vio nacer. Y así se hizo el hombre. En la plaza de la vida.

En cementerios anónimos descansan genios ignorándolo. En camposantos fosforescentes, entretejidos de dudas, ya nadie razona, porque morir es no razonar, porque vivir es el delirio de los muertos.

Mi hombre tendía a deformar el tiempo con sus ojos, y los abría mucho y estiraba las mejillas y una especie de rubor inconfesable le cubría los desgastados pómulos y el tiempo era un poquito más lento cada vez que me miraba y el mundo en sí, se difuminaba como un dibujo a la cera bajo un grifo abierto. Me encantaba mirar la marea de sus retinas, que crecían y menguaban bajo la influencia de alguna luna de la que nunca me habló o de la que no quiso hablarme porque tal vez la guardaba para él, y sobre la que jamás pregunté. Me gustaba imaginar su oleaje, otra vez bajo los párpados cerrados, ahora vuelve a abrirlos, bañando su córnea como un rompeolas con sordina, con espuma de fosfenos. Sus ojos. Ya cerrados.

*Y el mentido llanto de sirena  
O la espina de aulaga atravesada,  
Yo me limpio el sudor con sus suspiros  
Y acaricio el hambre...  
...y la esperanza\**

Sueño con volverle a ver y poder sentir la amistad de nuevo. Sueño y dolor. Dolor y sueño. Y final...

De súbito, me encuentro rodeado de una suerte de flores y árboles y me siento amantado por la libertad natural y luminosa. A pesar de dirigir mi vista hasta donde alcanza el horizonte de este sueño, solo veo árboles. Es extraño, la sensación que experimento es sosiego y tranquilidad. Creo que he muerto. Me gustaría haber muerto. Algunas veces los sueños se apropian de ti y te sumergen en su mundo velado por la luna de la que nunca nadie me habló, tal vez porque no existía. Solo en mis sueños. Cuando desperté de mi muerte, esa grata y placentera sensación de sosiego había desaparecido. Un resquemor doloroso anidaría para siempre en lo más profundo de mí, tras ese paso infructuoso por entre las duelas del barril, podrido de sangre y ácido. Rodeado de pitas de esparto, raídas por la sangre del hombre.

Como Anteo el gigante mi hombre también excedía, no en estatura, pero sí en corazón y en razonar, sin tiempos, dándole miles de vueltas a cientos de cosas, hasta que la inspiración lo tocaba con sus dedos de cristal. Era la

conjunción de un majano celestial, la panza de burra inventada en su cabeza, el silbido de un muchacho en mitad de la alameda, el contorno del silogismo necesario para vivir, el carillón indomable que nunca paraba, la caricia y el delirio, la psique del demiurgo, la cara y la cruz del denario finado.

¿Y ahora qué? ¿Quién evitará los trombos sanguinolentos en las oscuras cavidades de mis anhelos? Un acompasado deliquio me inunda cada vez que lo recuerdo. Un vahído, un injerto de sensaciones punzantes, una prisión solitaria donde solo vive nadie, y yo vivo sin nadie...y con él

Donde los espantapájaros plantan sus pies de palo para ahuyentar los cuervos, allí habrá ido. A un sitio sin cielo, allí habrá ido. Seguro que donde quiera que vaya, la redención le escribe en su bitácora para manumitir los esclavos que se acerquen a su lado. Allí habrá ido. Solo. La noche me viene grande y la duda se disipa. Está muerto. Muerto. He estado repitiendo esa palabra todo el día, en silencio, en voz alta, en mis pensamientos, la he escri-

to en mi piel a fuego hasta que ha llegado el momento en el que ya no suena, la palabra no obedece y se escucha mal, como el eco en muchos metros, distorsiona y asusta, infinitamente terca...

Los ayes rondan vacilando por entre las húmedas habitaciones de su casa. Lo que me asusta es el silencio. Esa especie de nada inocua, que no hace daño, pero que sigue ahí tejiendo su tela, horadada de cicuta y estramonio. No puedo soportarlo, intento evitar los quejidos que escupen las bocas sedientas de tranquilidad de aquellos que se reúnen alrededor del cuerpo forjado en la madera.

El alba del amanecer nos regaló el silencio. Mis párpados están inflados por los sedimentos lacrimales: estuve llorando mucho, como un matapolvos de los tormentosos veranos de antaño. Todos estaban al paio para darle fin al cuerpo en un oscuro precipicio de ladrillos anaranjados.

Pero yo no. No quería que me arrancaran del alma ese pedazo de carne a quien tanto quise.

Una suerte de lastre, un ancla eterna, la desidia esclavizada en sus manos, el umbral oscuro de la ciudad sin nombre. Un rictus de sosiego en sus cenizas que para siempre han volado. A esto hemos llegado. Hasta aquí nos han dejado. En el crucial devenir del sufrimiento eterno. Y pensaste cambiar tantas cosas. Y mordiste con rabia las culatas de fusiles olvidados.

Y quisiste estirar la delicia, te atreviste con molinos y uniformes, y saliste victorioso, amigo.

El último ladrillo completa el viaje y un sentimiento de indiferencia me invade. Mientras observo mis huellas, presiento que volveré aquí, a este cementerio y podremos estar juntos. Estarás para mi en las cosas pequeñas y sencillas que nos cobijan en lo diario cómo las sombras que proyectan incontables. Cansado, abatido por lo incapaz de la impotencia, regreso a mi hogar y miro al cielo plomizo y alquitranado de las tardes de octubre, buscando refugio en la adversidad de lo inevitable, pensando en las

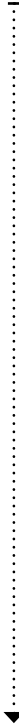
cosas que siempre me decía y esbozando una  
sonrisa solo para él.

Porque todavía somos amigos.

\* Poemas de Arcadio Solís Luna

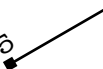


## EL SOMBRERO DE PARKER



Parker se complacía en achacar la culpa a la mala fortuna.

Experimentaba una sensación de alivio pero al mismo tiempo de disgusto cada vez que recordaba su última actuación en el “Birdy”. Cada vez que pensaba en aquel momento se apretaba la cabeza con las manos, tratando de



pensar... demasiado tarde, demasiado tiempo, demasiado viejo...

En otra época a Parker le gustaba caminar. Pasaba todo el día yendo de un sitio a otro. Era una manera de sentir que estaba ocupado, supongo. Algunas mañanas se le veía salir de casa muy temprano. Llegaba bien entrada la noche. Sólo Parker, su sombrero, sus pensamientos.

Era un hombre de muchos errores pequeños. Un incompetente a fin de cuentas.

Parker no había vivido nunca bien porque tenía la extraña sensación de no saber quienes eran sus enemigos. Se preguntaba una y otra vez si podría fiarse de aquel tendero italiano o de la niña que todos los días, cuando se cruzaban, se llevaba la mano a la frente y lo saludaba como una pequeña militar. Todos eran sospechosos. Lo que no sabía era que el verdadero enemigo se encontraba mucho mas a mano.

Sucedió entonces. Aquel día Parker no quiso caminar hasta después de la comida, cuando

el calor del día por fin había cedido, cuando el viento de la tarde permitiría dejarle pensar. Una ráfaga de aire mórbido se concentró en aquel lugar, en aquel segundo de aquel siglo, y, de súbito, el sombrero de Parker, voló.

El se quedó quieto, observando el sombrero desde la distancia, frunciendo los labios. Después se fue.

Aquella mujer tenía el cabello del color de la miel que resbalaba sobre unos hombros hermosos. Era alta y delgada y llevaba un ligero y transparente vestido azul. Era como tener el mar delante.

Aquella mujer, además, tenía una gran mancha en la cara.

Un antojo.

Ya había casi oscurecido cuando reparó en el sombrero. Su primera intención fue pisarlo o quizás darle un puntapié y verlo volar de nuevo. Pero algo la contuvo. Se agachó a recogerlo, y en aquel ballet que suponían sus piernas sólo

se oía el roce del tul contra sus pechos en un vaivén monótono y excitante. Como ya dije: era como tener el mar delante.

Ella lo tomó entre sus manos, ladeó la cabeza de manera inconsciente y lo escrutó con mimo. Como si estuviese recién comprado. Cuando lo dejó caer sobre su cabeza descubrió feliz que su antojo pasaba desapercibido. Volvía a ser alguien normal sin suponer ser el centro de atención debido a aquella mancha amoratada.

Aquella mujer había llegado a pocas conclusiones definitivas a lo largo de su vida, pero esta era una de ellas: Un acaso fortuito le había devuelto la esperanza en forma de sombrero.

La ilusión, a veces, cuesta tan poco... pensó aquella belleza ártica.

Pasó el tiempo y la vida le sonreía a la mujer desconocida con sombrero en inversa proporcionalidad a la felicidad del propio Parker.

En una de sus idas y venidas, a la bella dama le sucedió lo que años atrás le ocurriese

a Parker. Con la certeza que antes o después acabaría perdiendo aquel sombrero, había cohabitado en su interior una sensación que jamás la abandonó. Le quedó la mirada fija en la oscuridad del momento y vio alejarse el sombrero, descubriendo aquel antojo amorfo y púrpura.

Ese hombre yacía en la acera con la mano tendida y sin intención de responder ante nadie. Solo debía comportarse como lo que era: un vagabundo. Miraba todo lo que acaecía a su alrededor imaginando que era suyo. Se imaginaba al volante de uno de aquellos vehículos deportivos o propietario de algún ático abuhardillado.

Imaginar, a veces, cuesta tan poco, pensó el infeliz.

En la ciudad, hasta la gente que conoces te ignora y no le importa lo que sea de ti. Aunque comprueben que has tirado toda tu vida por la borda de un barco que ya ha zarpado. Cuando el sombrero aterrizó a sus pies, casi descalzos y magullados, pensó que se trataba de otra de

esas bromas de niños ricos. Pero el sombrero, ahora, era suyo.

Cualquier otro se lo hubiese calzado para resguardar las orejas del frío, pero el indigente retiró la mano cóncava de la mitad de la nada y acercó el sombrero hasta un punto intermedio entre los viandantes y el muro donde apoyaba su espalda.

Al día siguiente nadie notó que el día anterior no había ningún sombrero. Sólo una mano callosa y sucia. Ahora, de súbito, tenía uno, y nadie preguntó nada.

Poco a poco, día a día, su suerte se vió favorecida por la llegada del sombrero al pequeño hogar de cartones. La gente reparaba en aquel bonito sombrero y dejaban caer alguna moneda para regocijo del hombre que seguía soñando con coches deportivos y mujeres hermosas colgadas de su brazo.

Por otro lado, Parker, amargado, ansiaba su sombrero como el que busca la felicidad. Pero la felicidad nunca llegaba. Faltaba el sombrero.

Los primeros rayos del nuevo día encontraron a Parker borracho, sudoroso e infeliz. Miró al cielo, carraspeó y, en aquella misma esquina donde años antes había perdido su sombrero, encontró agazapado al indigente con el sombrero entre las piernas.

Corrió hacia él y cuando lo vió, su risa se mezcló con una tos prolongada, al tiempo que soltaba una serie de bocanadas de vaho. Por un momento quiso cogerlo y explicar que el sombrero era suyo. Que lo perdió hace muchos años. Que lo llevaba buscando media vida.

Pero reparó en la felicidad que aquel pobre rostro escupía. Un hombre. Un sombrero.

Parker se alejó despacio, riendo y chasqueando la lengua al tiempo que intentó grabarse una imagen de aquel hombre. De aquel sombrero.

De una cosa estaba seguro: la felicidad cuesta muy poco.



## EL POETA SILENTE

(*silente*: Adj.  
*Silencioso. Tranquilo. Sosegado*)



La nieve golpeaba violentamente los cristales mientras el poeta imaginaba que la quería. Pero, de igual forma, sabía que ciertas cosas sólo hacen daño.

Apenas comía porque cada vez que lo hacía perdía de vista su centro y sentía cierta nostalgia sólo curable con la abstinencia y, era

entonces, cuando consideraba la posibilidad de abrir LA CAJA.

No quería tropezar en el extremo de la torpeza y por eso nunca la abría. Pero, en su cabeza, el poeta oía decir que la abriese. Aquella voz. Aquel olor a quemado que le llenaba la nariz de pólvora y cubría hasta el más recóndito rincón de su famélico cuerpo, destilando amargos recuerdos en su garganta que hacían brotar pulsos en las sienes y latidos en su alma.

*Me pregunto si puedo besarte,  
he pasado toda la noche excitado  
como un científico en un laboratorio*

*Pero no me decido  
todavía lo estoy pensando*

*Y si te beso y cambia el clima?  
Y si alguien muere?*

*Te necesito y necesito besarte  
pero temo que alguien me descubra.*

*En este cementerio solitario  
Removiendo la arena  
Que rodea tu nicho sin flores.*

Estaba decidido. Modificaría su conducta de poeta, arrugando las cordilleras de su universo invariable y reflejaría en su corazón todos los contornos de luz que abrigaba el contenido de la caja. Una suerte de escozor moldeable a su angustia: frío y duro al comienzo y hermoso en su final. Como la música de las esferas. Como el perfume del aire.

*Ódiame esta noche porque va a ser la última  
Ya no quiero tus besos ni tus saltos al vacío*

*Estás muerta preciosa y hace mucho tiempo que no lloro  
Elige bien la próxima vez que me conozcas porque no voy a  
hacerte  
ningún caso.*

*Eres demasiado previsible nena.  
Y a pesar de todo te odio.  
Como una avispa dentro de mis pantalones.*

*No te disculpes por mí, discúlpate por ti  
y deja ya de vomitar estupideces.*

*Ya no quiero ser tu plastilina  
ni la herradura que escondes al lado de tu pistola.*

*Quita esa sonrisa de tu rostro y escúpeme de nuevo, preciosa  
Porque te he borrado de mi lista, pero te sigo queriendo.*

El poeta convertía el día a día en una odisea atemporal e indescifrable. La mayoría de las veces se preguntaba si no era un esfuerzo demasiado estúpido. Entonces, su vida valía poco. Exhalaba el vaho que desayunaba por las mañanas como hojas muertas de otoño y, al acostarse, trefilaba suspiros desgastados como resbaladizas brumas metálicas.

*Nadie quiere oír mis aventuras  
porque todos me suponen un tarado,  
una mancha de aceite debajo del coche,  
la litera de arriba en una celda,  
el sonido de un golpe en la mandíbula.*

*Nadie quiere escuchar mi sufrimiento,  
soy la sangre que salpica desde el ring,  
pronto nazco, nunca muero.*

*Un directo a los riñones y ya no me levanto.*

*1.. 2.. 3.. suplico morir desde la lona  
4.. 5.. 6.. 7.. quiero seguir oculto entre la hierba  
8.. 9.. y el sudor y la sangre  
y el sabor a petróleo en mis entrañas.*

*Desde aquí abajo nada temo  
pero adivino tu interior cortado a cuchillo*

*Porque nadie quiere escuchar mi historia  
Y todos creen que soy un mentiroso.*

Algunas veces el poeta se dejaba seducir por las pasiones desatadas en su mente y que circun-  
ceñían su habla en una suerte de rumor sin con-  
tornos que lo aislaba del mundo. Escuchaba sus  
poemas recitados en la oscuridad de la caricia,  
cantados al otro lado de la alambrada de espino,  
silbados entre el olor del césped recién cortado.

*Un hombre con principios es un hombre que reza sin motivo.  
Como Kurt Cobain y el acero entre sus dientes  
O el lobo que prefiere morir de hambre  
Antes que cometer un error y ser descubierto.*

*El error es el camino de los héroes.  
Ni dioses, ni ídolos,  
ni apuestos sacerdotes de rodillas brillantes.*

*Estúpidos cafres de cerebros radiactivos  
abrigados por cruces  
Y tatuados con símbolos paganos*

*Y ahora. Que te importa? Preocupado por salir del laberinto?*

-----EL RESPLANDOR-----

*Hazte un favor y deja de mirarme  
con esa cara de perro a punto morir.*

-----PASCUAL DUARTE-----

*Hubo un lugar. Y un momento.  
Pero la muerte de la música  
engendró el nacimiento del odio.  
Como Kurt Cobain.*

El insostenible ritmo de su corazón anunciaba orgulloso la apertura de la caja. Aquellos poemas llevaban allí demasiado tiempo. Se juró a si mismo que solo los leería en caso de urgencia. De extrema urgencia. Una decisión vital e ignífuga que ahora se antojaba insignificante. Una suerte de privacidad por fascículos que le agotó demasiados años. Demasiado tiempo, pensó el poeta.

De súbito, retiró el cordón que anegaba los cortantes filos de la caja y que había estado ahogando sus poemas tantos años.

*Todos los nombres se olvidan cuando llueve arena fina  
sobre la madera caliente y el método para fracasar se adueña  
de lo compartido.*

*Asustado por la pasión que le dabas a tu personaje  
el telón se abría y se cerraba tras de ti cada noche,  
en cada frase.*

*Peleaste en un infierno de billetes manchados  
desvanecido en un tiempo donde los gusanos  
dominaban un mundo emparedado de asfalto.*

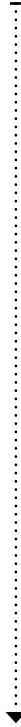
*Espero que agonices y que los látigos restañen  
entre tus sienes cansadas, y puedas admirar la decadencia  
de la antimateria escondida en tus entrañas*

*Quiero ver como flotas en el fango  
mientras tragas el lodo que permite resbalar,  
que se enquistas en tus plantas dormidas,  
toda vez que tu aliento renegado  
empañe los espejos de tu mísero palacio,  
se hiele  
y te desnude  
en una suerte de entierro solitario.*

Y cuando abrió la caja comprendió que en su interior solo habitaba el lamento de un joven poeta.



HOY, AL LEVANTARME



**I**

Hoy, al levantarme, me he sentido perdido.

Despertarme ha dejado de ser una experiencia agradable para convertirse en algo frustrante. Lo primero que he hecho ha sido mirarme en el espejo: tengo una pequeña protuberancia

a la altura del abdomen a modo de barriga, pero estoy delgado. El pelo largo. Las puntas abiertas y barba de una semana (solo crece por rodales, como si el caballo de Atila se hubiese revolcado en mi cara).

Y entonces, de súbito, me he dado cuenta: de perfil parezco un Frigodedo.

Las 8. Zumo (compré 2 naranjas). Café. Puerta. Cajero. 20 €. El País. Marie Brizard.

Son las 11 y creo que debería cuidar mi alimentación. La última vez que fui al médico me dijo que evitase comer de noche. Como si fuera un Gremlin. Aunque... la luz del sol me da poco... Y el agua hace días que no me toca... ¿Me estaré transformando?

La 1 y no tengo hambre. Creo que ayer pensé demasiado y me ha provocado un tapón en el estómago.

Este naufragio continuo en el que se ha transformado mi vida le deja a uno mucho tiempo para pensar. Y ver la tele. Me gustan las se-

ries. Pero tiendo a ver muchos capítulos seguidos (por aquello del tiempo libre) y mi realidad se acaba mezclando con la ficción.

Pero eso sólo pasa a veces.

Una vez me desperté en una Isla. Se estaba bien: buena temperatura, playa, osos polares y todo eso. Pero volví a mi realidad protuberante enseguida. Extraño suceso.

4.8.15.16.23.42. Estoy cansado.

Tendemos a aceptar la autoridad de la realidad porque nos hemos quedado sin opciones. Vivimos en una fase de aburguesamiento lineal. Queremos una vida fácil. Sin complicaciones. Y lo que es mas triste: sin lucha. O eso creo esta noche.

Las 11. Ahora ya no estoy cansado. Pero me voy a la cama (por llevarme la contraria).

## II

Hoy, al levantarme, me he sentido mujer.

Me ha salido algo en la cara. Es el grano de siempre. La particularidad de este grano es que aparece siempre en el mismo sitio: 3 grados norte, 38 grados oeste. Es un grano cartesiano.

Al parecer los granos tienen una especie de memoria sensorial que les indica el punto exacto donde otrora habitaron. Este es inconfundible. Me visita cada año con los fríos. Como un ánsar (Bush dixit).

Las 8. Zumo. Café. Café. Puerta. El País: 1,20 €.  
Marie Brizard.

Las 11. He visto a mi padre. Está mas delgado pero sigue conservando ese halo complutense y casi mesiánico. Acojona.

Nos hemos tomado un café y, por un momento, he sido feliz.

Las 12. Como siempre, ha pagado él. Y, como

casi siempre que la oportunidad me lo permite, me he quedado con las vueltas.

Os contaré como lo hago: Ceño fruncido. Mis ojos clavados en los suyos como escarpías de ferrocarril. De súbito, un giro de cuello en dirección opuesta a la barra. Mi boca se entreabre en señal de sorpresa mientras la otra mano —“la sibilina”— en un movimiento rápido (jalonado delfín) hace deslizar monedas y billetes a mi bolsillo. La otra mano sujeta el brazo del acompañante y le “invita” a salir. Tres segundos. Está hecho.

Como ya os dije, soy un actor de método.

Las 2. He visto a mi amigo José Antonio. Hacía meses que no le veía y me ha hablado de su viaje a San Francisco. Y en un momento de la conversación, (que por otro lado no nos llevaba a ningún sitio) he caído. Una suerte de revelación en forma de alitas picantes: El raro soy yo.

La profundidad de mi degeneración no deja de asombrarme (tengo una fusta en el cuarto

de baño que nunca ha tocado un caballo). Pero me da igual. Como casi todo.

Las 7. Las 8. ¿Esto del muslo son estrías? Las 9. Son espaguetis de ayer. Las 10.

Nos miramos demasiado. Soñamos con curar, algún día, enfermedades como la malaria pero no pensamos en mosquiteras para hoy. No vemos mas allá porque, a veces, nos eclipsan nuestros orondos egos.

Antonio Escohotado recita en una canción de Andrés Calamaro: “Y darse cuenta de que no siempre que uno piensa que se va a morir y que está hecho polvo, se muere uno.”

Pues eso.

### III

Hoy, al levantarme, me he sentido un controlador aéreo.

Esta mañana he visto un OVNI. Al principio

pensé que, como soy un borracho disfuncional, era cosa del alcohol. Tras pellizcarme repetidamente comprobé que todo era real. Tan real como el cromosoma que me falta.

Concretaré algo más. Ruido. Era un ruido muy desagradable y acusé falsamente a la nevera. Incluso pensé en buscarle sustituta. Pero no era ella. Frustrado por mi falta de habilidad para localizar la fuente de aquel sonido, me asomé a la ventana de la cocina. Y, como una mini epifanía, allí estaba. El bicho de otro planeta. Una suerte de umpa-lumpa borracho y con pelo.

Se me hace tarde. Ato al umpa-lumpa a la nevera.

Las 9. Joder que tarde. Café. Puerta. El País. Marie Brizard.

(ECHO de menos un compinche de homosexualidad latente. Como en los comics. Como en Batman y Robin. Seguro que él sabría que hacer con el bicho).

Yo ya avisé que algo así sucedería. Y me llamaron paranoico. La paranoia es un don. Es el secreto de la longevidad. El bicho me mira raro y también mira mucho a mi gata, Audrey. Creo que le gusta.

En un desesperado intento por mantener alguna conversación con el ente, me ha venido, de súbito, una cara. Un nombre. Una revelación.

Ya se quien es el de mi cocina. Es Alf.

Tras desatarlo, hemos visto una peli de Conchita Velasco y nos hemos tomado unas cervezas. Parece que le gusta. Y las cervezas también.

Después de una larga conversación, conseguí entenderlo. Estaba allí porque le resultaba molesto el ruido de mi nevera. Así que, tras desconectarla, se ha ido. A Melmak, creo.

Las 7. Las 8. Que hambre. Las 9. Un avión. Las 10.

Nos deslizamos entre susurros hacia un abis-

mo de ansiedad mental. Infectados por el mal de la estupidez (extravagante delirio que azota nuestro país), quemamos cruces en busca de elogios, cuando, en realidad, deberíamos descolgar de los pulgares a nuestros enemigos para tenderles una mano y susurrarles al oído: A las trincheras.

A lo mejor, como soy un ególatra obsesivo, soy el único infectado.

Mañana iré a comprar una nevera nueva. Aunque, probablemente, no sea la solución.

Quien sabe.

#### IV

Hoy, al levantarme, me he sentido el fantasma de las navidades futuras.

Anoche sufrí un cólico. Y, por si no bastase, esta mañana mientras estaba en el baño, me he fijado en que mi bolsa escrotal ha aumentado de tamaño. Y aún no había desayunado.

Pero que viejo estoy.

Las 10. Café con leche y galletas María. El ABC. Copita de Chinchón. Me he dejado la puerta abierta. Otra vez

Lo siguiente será mear en código Morse. Y depilarme los pelos de las orejas. Y lo que será aún peor: Viagra©. Acabaré cenando a las 7 de la tarde y viendo noche de fiesta al calorcillo del brasero mientras cabeceo contra el hule de la mesa camilla, entre restos de caramelillos para la tos. Como el toro amorcillado contra las tablas. Resistir o morir.

Es el principio del fin. El sexo en estuco y el onanismo imprudente se acaban.

No podré comer chocolate a riesgo de perder los dientes. Y, contestadme, si no podemos comer chocolate, ¿para que vivir?

He pasado toda la tarde pensando en que poner en mi lápida. Como no se me ocurría nada he decidido buscar una palabra que me defina. Como Cher.

Al final he dado con ella. La palabra que mejor me define es Cretino.

Ouh Yeah.

Las 5. Las 6. Las 7. La cena. Las 8. Decido sacar la cabeza del horno y comer algo. Un bollycao.

Nos nutrimos de nuestras partes oscuras, esas que no queremos saber donde se ocultan. Nada de lo que hacemos hace que nos sintamos mejor y todo lo que nos rodea destila cierto tu-fillo a desesperación.

En una suerte de destino donde no documentamos nuestros pensamientos, hemos pasado del gañán pretencioso al fascista homófobo.

Yo no quiero saber nada. (Como los exagerados rumores sobre mi promiscuidad).

De momento.

## V

Hoy, al levantarme, me he sentido un político.

Estoy cabreado con mi vecino. El del 1º G. Y es que me tiene un poco mosca. Anoche, sin ir mas lejos, me desperté sobresaltado (y desnudo) al escuchar unos extraños ruidos provenientes de su piso. Al principio, el sonido, era como el de una broca perforando un diente. Luego, gritos solapados por una toalla.

Pensé en llamar a su puerta pero como a lo mejor era cosa de mi incipiente esquizofrenia, decidí volver a la cama. Los ruidos no cesaron hasta bien entrada la noche.

Las 8. Zumo. Café. Puerta. El País. Cuchillo de carne: 1,95€. Marie Brizard.

Al volver, he pasado por su casa y hemos conversado. Dice que no sabe de qué le hablo. Que él no oyó nada. Pero yo no me lo creo. Creo que está planeando un ataque contra mi persona.

Me he instalado junto a mi video portero. A ver si sale.

Las 11. Voy a entrar en su piso. A ver que pretende.

Las 12. He estado buscando y no he encontrado nada. Apostaría hasta mi última pastilla de Vicodina a que lo tiene todo escondido. Taladradora, brocas y toalla. Un tipo profesional éste del 1ºG, pienso.

Las 4. Las 5. Cuchillo de carne: 1,95€. Las 6.

Estoy seguro que es un asesino. Yo no lo he visto matar a nadie. Pero todo indica que lo es. Como no puedo llamar a la Policía, porque necesitaría pruebas (y también porque mi medio para desplazarme es un monociclo y viaje en bata), voy a tomarme la justicia por mi mano. Por mi mano derecha. Me haré super heroe.

Las 9. Las 10. Cuchillo de carne: 1,95€. Las 11.

En una nación donde el movimiento político es lo más parecido a una disfunción eréctil,

la fórmula para nuestra felicidad pasa por el exterminio social de todos ellos. Mientras un puñado de quinéticos peleles piensen que gobernar es ordenar, este país seguirá anclado en la mansedumbre intelectual y hundido en océanos de miseria.

Las 12. Tengo un plan.

Voy a decirle a todo el mundo que mi vecino es un asesino. Lo publicaré en la prensa. <http://www.mivecinoelasesino.com>. Saldré en televisión. Belén Esteban será mi aliada. Los dos combatiremos al villano del 1º G.

Porque lo digo yo.

## VI

Hoy, al levantarme, me he sentido Shin Chan.

He pasado toda la noche dándole vueltas a una idea que recorre mi cabeza: ¿y si me afeito una ceja?

No se si es porque soy un hedonista furibundo o un sociópata anti-sistema, pero me atrae la idea. Sería como el hombre de los seis millones de dólares; El hombre de los seis millones de dolores (con una sola ceja).

Mmmmm. Me gusta.

Las 8. Café. Zumo. Snacks de queso y pollo para Audrey: 2,99€. Puerta. El País. Marie Bri-zard.

Las 11. Es hora de mi rapado aórtico-frontal. Allá vamos.

Las 12. No puedo. Creo que va a dolerme como el escroto infectado de un mendigo. Definitivamente, no puedo hacerlo.

Lo cierto es que tengo demasiado tiempo que perder y en esta suerte de vasectomía espiritual que opera en mi vida decido que lo mejor es auto explorarme. Otra vez. Mientras lo hago pienso que debería retomar los estudios de Derecho. Me podría especializar en reclamaciones a la Tele-tienda. O defendiendo a desvalidos constructores.

Pobrecitos.

Que hambre tengo. Voy a cocinar algo. Lasaña de Torta del Casar con jamón ibérico de bellotas y nueces. Merluza tatín con suquet de atún. Solomillo de avestruz a la mostaza dulce con salsa de higos.

Al final me he comido un plátano.

Y un Panettone.

Las 7. Ultraheroe. Las 8. Las 9.

Flannery O'Connor dijo: El camino a la desesperación es renunciar a tener cualquier tipo de experiencia.

Los niños de hoy se despiertan en favelas de inmovilismo mental, angustiados porque la curiosidad les elude. Desarropados como desconocidos, sus padres cargaron demasiado un equipaje acatarrado de emociones sin reparar en aliviarlo de deberes (ahora penas).

Porque sus errores, como padres, son nuestros fracasos, como hijos.

Puto darwinismo.

## VII

Hoy, al levantarme, me he sentido José María Aznar.

Anoche caí en la cuenta que mi cráneo vive en un “estado de sitio” emocional. Llevaba varios meses así. Está balizado con conos luminosos que solo se ven si te acercas mucho y eres mujer. Su perímetro emocional está rodeado de alambre hecho exclusivamente con barba de 3 días (la que pincha) y, en el ambiente, un doloroso hedor a Baron Dandy.

Cientos de barricadas defendidas por minas anti-sentimientos. Y yo sin saberlo.

Las 8. Café. Café. Puerta. El País. Marie Brizard. Marie Brizard. Que es Navidad. Marie Brizard.

Al volver a casa me he descubierto un pelín achispado y he dormido un rato. He tenido una pesadilla: Era José María Aznar. Y no solo eso, sino que regresaba triunfante al poder de esta gran nación. Que es España.

Mira que me levanté con un picor en la zona del bigote, algo mas pequeño y con muy mala hostia. Y yo sin sospechar nada de nada.

Lo primero que hice mientras anduve extra corpóreo fue mirar que tono llevaba en el móvil. Uno puede esperar cualquier cosa. El Cara al Sol. El himno del PP. El tractor amarillo...

Fue algo diabólico: un politono de Lady Gaga.

Las alternativas y los cambios, como el politono de Josemari, son necesarios cuando la madera se pudre. Pero cuando el barco se hunde, o nos devoran los escualos o morimos ahogados.

Apostar por vientos de cambio cuando un país se hunde, es un movimiento arriesgado. Mucho mas cuando la alternativa natural nada

en aguas de mezquindad, segregando una extraña bilis en todos sus movimientos reptantes. Una suerte de enroque viperino donde la falta de escrúpulo moral dará de lado a nuestra memoria histórica. Por poner un ejemplo.

Que clase de monstruos seríamos si no abogásemos por un cambio. Empecemos por los festivos. A partir de ahora, el 12 de octubre —Día de la Hispanidad— pasará a llamarse, de nuevo, el Día de La Raza.

Las 7. Una. Las 8. Grande. Las 9. Libre.

Las consecuencias de olvidar pueden ser, cuando menos, irreversibles.

Yo, por si las moscas, voy a afeitarme pero antes de irme a dormir comparto con Audrey, mi gata, algo que contestó en una carta, Palafox (gran patriota) a los franceses. Un aviso a navegantes en estas aguas oscuras...

Guerra y Cuchillo.

## VIII

Hoy, al levantarme, me he sentido una trabajadora social.

Anoche, mientras miraba con concupiscencia a Audrey, mi gata, me di cuenta que tengo faz de criminal. Me atrevería a decir que, de la entrepierna para abajo soy judeo-masón, pero de cintura para arriba soy joaquín-sabina (a pesar de mi nariz).

Ya sabéis que no tengo término medio.

Las 8. Café. Pizza de anoche. Puerta. El País. Un homeless: 2€. Marie Brizard.

Necesito pasta de forma urgente y he tenido una idea. Iré a buscar un trabajo de esos.

Como no sabía donde ir ni que hacer, me he puesto a pensar. Lo primero que he hecho ha sido quitarme el albornoz, el pijama rojo de súper héroe y mis zapatillas de andar por casa. Luego, y a pesar de que no es día uno, me he duchado y afeitado. Estoy raro. Y huelo bien.

Que experiencia mas enriquecedora esta de buscar trabajo. Debería hacerlo mas a menudo.

Me he puesto un traje de muggel (ya sabéis personas no mágicas) y una corbata. De muggel también, supongo, mientras me la ato alrededor de la cintura.

Las 11. Se me olvida algo. Se que algo se me olvida. La gente me mira y no se porqué.

Las 12. Vuelvo a casa y me pongo una camisa muggel debajo del traje. Y me ato la corbata alrededor del cuello. Pues iba a ser eso.

Las 2. He estado pidiendo trabajo en una tienda que vende ropa. Demasiado mayor. En un restaurante chino. No hablo chino. No los entiendo. En un bar de carretera. Demasiado joven. En una librería. Era otro bar. Pero tampoco. En una mercería. El pelo largo. En una iglesia. No necesitan a nadie. Completo. En una constructora. Está cerrada (que raro). En una Fundación. Era una fundición. Debí ponerme las gafas. Pero tampoco.

Las 5. Tengo otra idea que me proporcionará dinero y no socavaré mi dignidad. Pues menudo soy yo.

Las 8. He sacado 42 euros en solo tres horas. La idea se me ocurrió cuando vi a unos niños en la iglesia esta mañana. He salido a pedir para el Domund con un chinito-hucha. Un triunfo. Mañana me contrato al del bar de carretera y al de la moto del restaurante chino, les doy un par de huchas, y a vivir de superhéroe. Que es lo mío.

Las 10. Estoy cansado. Y es que esta suerte de offside laboral en el que habito me provoca, además de vómitos matutinos, una díscola desazón cuando compruebo en mis carnes que no hemos aprendido nada de nuestros errores.

Existen personas —trabajadores sociales— que hipotecan sus vidas y agotan sus reservas espirituales ayudándonos a recuperar nuestro paraíso perdido. Sin escapularios de San Judas al cuello ni ornamentos en sus formas, se muestran invisibles ante una sociedad que prefiere poner excusas a aportar soluciones. Per-

sonas en las que de verdad se puede confiar porque creen en lo que hacen. Aunque en un país con mas curas que psiquiatras, hacen lo que pueden.

Como Sabina.

## IX

Hoy, al levantarme, me he sentido la primera rebanada del pan Bimbo.

Anoche a las tres, cuando volvió el bicho (Alf), asustéme.

Últimamente duermo menos que un búho. Esta suerte de camorristo emocional en el que vegeto me ha dejado tiempo para estudiar y meditar, pero no me ha preparado para el día a día de un súper héroe.

Anoche Alf, no vino sólo. Cuando abrí la puerta se descubrió ante mí un espectáculo dantesco a la par que asombroso. No ya por el hecho que un extraterrestre de 12 kilos, alcohólico,

enganchado al cine de los setenta y lleno de pelos llame a mi timbre a las tres de la mañana, sino porque, bajo el umbral de mi puerta, yacía bajo sus pies peludos el cuerpo de un humano inconsciente.

Era Ferrán Adriá.

Alabado sea el Santísimo.

Las 8. Café. Valium. Valium. Puerta. Marie Brizard. (Hoy no ha prensa).

He intentado comunicarme con Alf sin demasiado éxito. Creo que está pedo. Mientras, Ferrán Adriá se me está apolillando sobre el parqué del salón. Voy a echarle una manta por encima no se me constipe.

He dejado dormir al bicho un par de horas y creo que ahora puedo entenderlo. No se trataba de una cuestión idiomática. Simplemente estaba borracho.

Estos extraterrestres de tres al cuarto...

En fin...

Las 10. Las chicas de la cruz roja. Lager. Las 12. Las que tienen que servir. Pilsener. Las 2. La decente. Schwarzbier. Las 4. Yo soy fulana de tal. Pale Ale. Las 6. En un lugar de La Manga. Cerveza de Abadía.

Al bicho no le ha hecho mucha gracia que mi colección de Conchita Velasco se limite a cinco películas y que me quede sin cerveza. De súbito, me he visto tentado a llenarle la cara de hostias en plan Bruce Willis en La Jungla de Cristal pero al final le he prometido una remesa de películas de Alfredo Landa y más cerveza. A cambio me ha contado como ha llegado a mi casa el día de Año Nuevo, a las tres de la mañana, en un utilitario volante (aparcado en zona de residentes y que terminará costándome 90 euros de vellón) y con el Chef de “elBulli” inconsciente bajo sus pies.

Como una ardilla psicópata.

Las 9. Las 10. A ver que coño hago yo ahora.

Baudelaire, en “Las Flores del Mal”, advierte:

“Y complacientes nutrimos los remordimientos como los mendigos sus piojos”.

Jodido Alf.

## X

Hoy, al levantarme, me he sentido el doctor Richard Kimble (El Fugitivo)

Esta mañana el bicho seguía en mi salón. También Alf.

Las 8. Café con leche. Frontris. El País. Marie Brizard. Cerveza: 108,64€.

Al parecer su medio de transporte estaba estropeado. Tenía un problema con el condensador de fluzo y hasta ésta mañana no le llegaba la pieza. Así que hemos ido en bicicleta hasta la oficina MRV mas próxima con todo lo que ello acarreaba.

Ata al Ferrán no se despierte y flipe; échale una lona al ovni del bicho no lo vean los vecinos (o la CIA).

Le he tenido que poner a Alf una sudadera y lo he depositado en la banasta delantera de mi bicicleta. Por un momento él se ha creído ET y yo el niño de la bici de ET. Después nos hemos fundido en un emocionado abrazo y hemos parado a tomar unas cañas. Como en la peli.

En el fondo, es un gran bicho.

Las 11. Las 12. Tengo una rata en el sótano del tamaño de un carnero. Alf, en agradecimiento a mi hospitalidad, se ha ofrecido a cazarla. Acto seguido se la ha comido. Con piel y todo. Que bárbaro.

Sólo queda solucionar el tema del chef inconsciente. Sabemos que no está muerto porque si le meas los ojos, reacciona. Es algo que vi en el Discovery Channel. Creo.

Las 2. Es nuestra última comida y he cocinado algo especial.

Raviolis de cigala, patatas y trufa negra; t m-  
pura de flor de calabacín rellena de mozzarella;  
nido de judías verdes con pinzas de bogavante  
y mollejas de ternera; pequeñas esc rporas a  
la mantequilla de romesco; erizos gratinados;  
las 3; ostras confitadas con caviar y vinagreta  
helada de limón; croquetas de langosta con en-  
salada de arroz y trufa negra; bacalao confita-  
do con alubias, morro y oreja de cerdo; lomo de  
conejo con pies de cerdo y caracoles; esp rra-  
gos verdes con ancas de rana, patatas souffl s  
y trufa blanca; las 5; merluza con láminas de  
tomate al grat n y chips de alcachofa; solomillo  
de buey empanado al pesto; bressanne de ce-  
rezas con sorbete de peras; helado de azafrán  
con láminas de chocolate; rulo de queso fresco  
y frambuesas caramelizadas.

Las 9. Alf me ha prometido que, de vuelta a  
su planeta, dejar  a Ferr n en su casa. El p ni-  
co ha cundido de tal manera que incluso Argui-  
 ano ha dejado de emitir. Todos los cocineros  
tienen miedo. Al pobre Adri  le dio un vah do  
cuando vio al bicho en su restaurante. El solo  
quería cenar el día de Nochevieja. Lo que son  
las cosas.

Aunque yo, personalmente, sigo creyendo que la culpa de todo es de Google. A mi me van a engañar.

Esta sobreexposición a la globalización ha hecho de nuestras vidas una Sodoma y Gomorra de banda ancha pero de miras cortas. Nos sujetamos los unos a los otros en una suerte de castillo de naipes electrónico donde la identidad del individuo no es más que una subversión de una realidad hierática.

Groucho decía que la mentira es el único camino para sobrevivir.

Y yo me lo creo.

## **XI**

Hoy, al levantarme, me he sentido un bicharraco malo.

Anoche estuve pensando en Pepe Navarro. No me lo puedo quitar de la cabeza. Vaya cosa oye.

Las 8. Café. W.C. (Pastel de ciruelas de anoche: 2,95€). Puerta. El País. Marie Brizard.

Al volver de mi paseo y tras anotar mis deposiciones, he decidido leer un rato. Tenía que elegir bien ya que es el primer libro del año y su influencia es asaz importante. American Psycho. Por ejemplo.

Las 11. Las 12. Nada. Que no me lo quito de la cabeza. Lo raro es que esta extraña obsesión por Pepe Navarro no obedece ni al deseo carnal (el de la carne) ni al mortal (el de la muerte por asfixia, por ejemplo). Que raro. Tampoco quiero perseguirlo en bata y bicicleta (Iban a pensar que estoy loco o algo). Este piso huele raro.

La 1. Tengo hambre, pero antes me fumo un hierba. Todo me recuerda a Pepená (así le llamo yo).

Voy a comer sólo así que preparo algo rápido: lazo de alcachofa con buey de mar, tortilla con sesos de cordero y calabacín, cuajada. Este piso huele raro.

Las 8. Tras despertarme de la siesta, Pepe Navarro seguía en mi cabeza. Me estoy planteando localizarlo a ver si a él le pasa lo mismo. A lo mejor está el hombre angustiado porque no hace otra cosa que pensar en mí. Y yo sin saberlo. Soy un desconsiderado.

Este piso huele raro. Y ya se porqué. En la tele había una tertulia política (pienso que estas dos palabras no tienen mucho sentido juntas, pero...). En cuanto he cambiado a un documental de la 2, en el ambiente se ha filtrado un aroma herbo-cultural que ni el campus de Harvard.

Y yo me he sentido mejor.

(Nota mental: Cambiar de canal antes que aparezca Sánchez-Dragó. Por el olor. Mayormente.)

Para erradicar este tufillo a napalm político que infecta nuestra Amazonia espiritual necesitamos gudaris e insumisos, apóstatas y crédulos, cantantes y poetas, serenos y lectores, filósofos y putas.

Luchemos por la promulgación de una ley que contemple la presunción de estupidez política y aquellos que se encontraren culpables, que sean penados con lectura obligatoria.

Y controles semanales.

Buena falta le haría a cierta dirigente del partido político de Mordor. Aquella que reptaba entre las sombras. Aquella que cree ser poseedora del Anillo único. Aquella que no puede ser nombrada.

Milana bonita.

## **XII**

Hoy, al levantarme, me he sentido el número pi.

Anoche, mientras dormía, sonó el teléfono. Era Alf. Sólo quería decirme que llegó bien. Que se mareó un poco al abandonar esta galaxia pero nada que una biodramina no pueda mitigar. Estos bichos extra planetarios.

Las 8. Café. Café. El País. No hay Marie Brizard. Anís Las Cadenas: 1,80€.

Tengo que confesar que he obrado mal de pensamiento y como no me quito de la cabeza a Pepe Navarro, voy a salir a buscarlo. He llamado a un amigo mitad superhéroe, mitad informático y me ha dado su dirección. En Córdoba. Me he puesto la bata, la tiara, la cofia y he cogido la bici.

Las 10. Las 11. Cuando he llegado a la estación, he vomitado. Será cosa de la criptonita. O de la osteoporosis. Quien sabe.

He de confesar que estoy algo nervioso. Le llevo unos presentes para romper un poco el hielo. Un bote de Betadine y una capa charra. A estrenar. Ambos.

El tren está plagado de unos tipos muy extraños. Son una especie de secta. Todos llevan el pelo muy corto. Serán jarecrisnas. Que hambre me da viajar en tren.

Las 2. Bocado de mortadela con aceitunas y coca cola.

Las 3. Me duele el estómago. Al parecer era mortadela sin aceitunas.

Las 4. Las 5. ¿Me habré equivocado de tren? Parece que tarda. Además estos tipos no son jarecrinas ni nada. Emiten gruñidos, beben cerveza y todos visten de verde. Curioso ritual. Es como si hubiesen inhalado una suerte de gas de la estupidez que solo les afecta a ellos.

Las 6. La tarde. 1983. Las 7. El día por delante. 1989. El tren era un regional. Esta noche cruzamos el Mississippi. 1995. He llegado a Córdoba. La sonrisa del pelícano. 1997.

Creo que los tipos estos del ejército están sometidos a una suerte de alienación buco dental. No hablan, gruñen. Lo peor es que creen, a pies juntillas, que son la salvación urbi et orbi de este circo crepuscular que les gobierna.

Estos cerebros de croqueta tienen por líderes a emperadores con colgantes que proclaman fi-

delidad a una bandera que ni siquiera conocen. Se reúnen en cónclaves para tocar fondo juntos y ocultarse entre mentiras escrotales.

3,14159265358979323846

Las 10. Creo que alguien me sigue. Y estoy cansado. Si. Alguien me sigue. Me voy a la pensión. Qué miedo.

A mi la legión.

### **XIII**

Hoy, al levantarme, me he sentido Uno y Tri-no.

Anoche dormí de un tirón, curiosamente. La Pensión Lola la regenta la señora Lola, de ahí el nombre. Debe tener unos cien años y además de mirarme como si fuese el diablo con cuernos, tiene muy mala baba. Pero cocina muy bien la jodía.

Las 8. Café. Tostada con panceta colorá.

Café. Tostada con tomate y jamón ibérico. Vaso de agua. Marie Brizard. El País.

Antes de ir en busca y captura del señor Navarro —alfa y omega de esta amancebada obsesión que me domina— decido dar un paseo. He optado por variar mi atuendo habitual para pasar desapercibido. Para ello me he informado de cómo visten aquí, en Córdoba, y al parecer tengo dos opciones: sefardí o cristiano nuevo. Me quedo con el sefardí. Túnica blanca, babuchas y tiara.

Ahora parezco un auténtico cordobés. Que feliz soy.

Las 11. La Mezquita impresiona. Me estoy meando. Lo bueno que tiene mi atuendo es que, como no uso ropa interior (comando), puedo mear de pie. Aquí mismo en este rincón, mientras micciono, me fijo en un curioso y premonitorio letrero:

*Me detuve en al-Zahra, lloroso y meditabundo, para clamar entre las desechas ruinas.*

*“¡Oh Zahra -dije- vuelve a ser!” Pero me contestó: “¿Y acaso vuelven los difuntos?”*

**al-Sumaysir**

Tras la micción me he percatado que mis testículos tienen diferentes dimensiones y también, creo, diferentes formas de pensar. Como los sefardíes y los cristianos nuevos. El derecho es un sacrílego que no me hace caso y el izquierdo es un chaquetero que sube y baja a su antojo.

No se puede fiar uno... Que repelús...

La 1. Que hambre. Vuelvo a la pensión Lola. Paletilla de cabrito. Alcachofas hechas en aceite. Panceta del Valle de Los Pedroches. Ensalada de perdiz. Cuscús de cordero. Salmorejo. Estofado de rabo de toro. Riñones de cordero a la brasa. Manitas de cerdo rellenas de jamón ibérico. Cuajada con miel de romero de la Sierra de Hornachuelos. Leche frita.

Tras la comida decido revolcarme en el barro de la degradación y, tras colocarme, he hecho una siesta de cuatro horas.

Las 6. Cojo la capa charra y el Betadine. Las 7. Barrio de la Judería. No veo a Pepe Navarro. Las 8. Parada en "Bocadi". Pe

pi

to  
de...

... El suelo está cubierto de motitas rojas a modo de confeti, la boca me sabe amarga y un hilillo de sangre cuelga de mis labios que parecen una cremallera rota. Debo tener una considerable brecha en la cabeza a tenor del aturdimiento obsolescente que me abriga. Atado de pies y manos con cinta americana, todo parece un mal sueño. Como un gobierno de derechas. O una iglesia en construcción. Que dolor. (Nota mental: Dejar de establecer estos símiles para evitar sufrir como una vaca.)

Ante mis pestañas emerge una figura humana. No puede ser.

Vade Retro.

#### **XIV**

Hoy, al levantarme, me he sentido el Conde de Montecristo.

Anoche, tras desmayarme repetidas veces, pude dormir un poco. Anatomía de la situación: La cerviz abierta y dolorida, la boca partida, la túnica rota, los pies envueltos en cortes. Y mi tiara de las Princesas Disney ha desaparecido. Virgen Santa.

Las 8 (creo). No sucede nada. Sigo encintado de pies y manos. Tengo sed.

Ha llegado el momento de poner en práctica mis conocimientos como superhéroe. He rasgado parte de la cinta americana, que sujeta mis tobillos a la silla, ayudado de la uña del dedo gordo que hace meses no me corto (por miedo a un ataque).

Las 9 (creo). La cinta de los tobillos está rota. Haciendo uso de mi elasticidad pre púber he usado mi uña suiza para cortar, también, la cinta de mis manos. Para que luego digan que soy un mierdas.

Anatomía de la situación: Me duele la cabeza, mis extremidades funcionan, estoy descalzo y, por los letreros en árabe y el damasquinado

en las paredes, me encuentro en una suerte de sótano cisterciense-musulmán.

Las 11 (creo). Escaleras. Puerta. Más escaleras. Esto parece El Código Da Vinci. Qué sed.

He parado a beber agua en una fuente muy bonita (con leones y todo). De paso me he lavado la sangre de la cara. Y una vez metido en faena, me he bañado (que carajo). Y a que buena temperatura tienen aquí el agua. Y no cubre ni nada.

La 1 (creo). Al abrir los ojos, ante mi, se erguía una horda de extraños seres bajitos provistos de cámaras fotográficas que, al verme, asustáronse y huyeron. Creo que eran japoneses, pero como sigo aturdido y desnudo, no lo tengo claro. Que hambre.

He cogido algo de ropa y un reloj de una tienda que tienen aquí (dentro del recinto amurallado éste) y, aprovechando el estupor, deus ex machina, también me he llevado todo lo que había en la caja (prometo devolverlo en forma de justicia). La sudadera tiene una inscripción: Alhambra de Granada.

Jooooodeeeeer. Estoy en Granada.

Las 2. Joder. El crimen fue en Granada. Las  
3. Joder. En su Granada. Las 4. Que hambre.

Necesito pensar. Cañas y tapas será lo mejor. Caracoles. El Aliatar. Flamenquines. Kiki. Papaliolis. La Esquinita. Altramuces. Los Altramuces. Pescaíto frito. Los Diamantes. Montadito de sobrasada. Casa Enrique. Jamón de Trevélez. Taberna de Bienvenido. Subo la Cuesta del Chapiz hacia la Abadía del Sacromonte deseando no encontrarme de nuevo con mi archienemigo. Cueva La Fragua. Un caldito. Cueva Los Tarantos. Berenjenas fritas. La Venta del Gallo. Chuletillas de cordero. Zambra Gitana La Rocío. Habas con Jamón. Zambra María la Canastera. Remojón granaíno.

Las 9. Anatomía de la situación: La noche ha caído sobre Granada. El alma descosida, el corazón atascado con Vicodina y el cerebro fermentado por preguntas. Tengo que buscar un hotel. Mi némesis particular debe estar planeando un ataque y yo necesito estar fresco y descansado para combatir el mal.

Las 10. Hotel "Hospes Palacio de los Patos".  
Marie Brizard. Un libro. Lecciones espirituales  
para jóvenes samuráis.

El 25 de noviembre de 1970 escribió en dos  
lienzos blancos antes de su suicidio ritual: "He-  
mos emprendido esta acción con la ardiente es-  
peranza de que todos vosotros, a quienes ha  
sido concedido un espíritu purísimo, podáis vol-  
ver a ser verdaderos guerreros."

Yukio Mishima.

## **XV**

Hoy, al levantarme, me he sentido la peluca  
de Carrillo.

Lo único claro que tengo de anoche, es un gin-  
tonic. Cuando he girado la cabeza, al despertar  
en la cama del hotel, caigo en la cuenta que no  
estoy solo. Bajo la sábana se adivina un cuerpo  
moreno, esbelto, delgado, sobre cuya espalda se  
desploma ensortijada una larga melena negra

como si los jardines de Babilonia manasen de su coronilla. Que alegría. Y que raro. No tengo recuerdo de conocimiento carnal.

Las 9. Albornoz. Bajo al bar. Café. Marie Bri-zard. 11€. Menudo robo. Mejor me callo. El País.

Las 10. De vuelta a mi habitación, el sonido de la ducha me ha provocado una erección. Menuda sorpresa. Así, de repente. Sin sospechar nada. Lo que tiene haber sido bendecido con poderes.

De súbito, me he desprendido del albornoz (no encuentro mi ropa) y he abierto la puerta del baño con la bandera a media asta. Allí he descubierto, como un Orfeo negro bajo mi ducha, a Diego El Cigala.

Alabado sea el Señor.

El Cigala, al verme, asustóse.

Las 12. Me ha costado lo mío pero he conseguido reducirlo y atarlo. Tras repetidos golpes con unas naranjas (cesta de frutas: cortesía

del Hotel) he conseguido cegarlo. Lo demás ha sido cosa hecha. Estoy hecho un zagal.

La 1. He encontrado mi ropa dentro de la cisterna del wáter junto a una navaja de ocho dedos. Tras decirle al conserje que mi compañero abonaría cortésmente la cuenta, he ido directo a la estación de tren.

Desolado, que no derrotado, por no haber podido comunicar con Pepe Navarro —amén de otras adversidades— decido claudicar y volver a casa. Mi tren sale a las 18:05. Que hambre tengo.

Las 2. Huevo de gallina de corral y patatas. Gamba roja garruchera. Garbanzos “pedrosillano” guisados de manera tradicional, verduras y lomo de cigala asado. Bacalao encostrado en almendras con virutas de jamón. Lomos de atún asados, con pasas y cebollitas. Presa de cerdo ibérico al aroma de menta poleo. Lomitos de cordero rellenos con frutos secos. Centro de rape sobre caldo yodado de moluscos, sepia y lechuga de mar frita. Carrillada de cerdo ibérico estofada al vino oloroso y canela. Merluza al horno con pulpo y habitas. Espuma de

arroz con leche al sabor de canela con helado de vainilla y nueces de Macadamia. Praliné de almendras y frambuesas. Leche frita flambeada con anís “Machaquito”. Tarta morisca de almendras y frambuesas. Bocado goloso de chocolate en cinco texturas.

Las 6. En el tren, justo a mi lado, una señora me mira con inquina y musita entre dientes lo que supongo un reproche. Cuando le he mostrado una sonrisa, acompañada de la navaja que le quité al Cigala, ha permutado su asiento.

Las 7. Moriarty. Las 8. Richelieu. Las 9. Vol-demor.

Y en ese momento, mientras el tren afila sus patas de acero contra la catenaria, pienso en lo que le dijo Morfeo a Neo: “Tienes que comprender que la mayor parte de estas personas son todavía parte del sistema y que eso las convierte en nuestros enemigos. Tienes que comprender que la mayoría de la gente no está preparada para ser desconectada. Y muchos de ellos son tan inertes, tan desesperadamente

dependientes del sistema, que lucharían para protegerlo.”

Matrix.

## XVI

Hoy, al levantarme, me he sentido Georgie Dann.

Anoche llegué tarde, tomé tres gintonic, engullí —frenético— media barra de chorizo de matanza, seis yogures y un melón. Resultado: cólico nefrítico. Menudo disgusto. Como no mantenía la verticalidad, decidí llamar a un amigo para que me llevase a un hospital de esos. Cuando lo llamé, sobre las cinco, estaba haciendo yoga. Que cosas.

Las 8. Suero. Un cigarrito. Valium. El País. Valium. Marie Brizard.

Las 10. He vuelto a tener otro episodio nefrítico. Al parecer no es aconsejable mezclar tabaco, anís, suero y Valium tres horas des-

pués de un miserere. Cuando los científicos le han preguntado a mi amigo, no ha dicho nada. Estaba haciendo yoga.

Las 12. Por como me observa, mi compañero de habitación parece un lémur. De súbito, un grito desgarrador ha salido de su garganta, asustándome. No me ha dado opciones. He retorcido el cable del oxígeno durante unos segundos para que se tranquilice.

(Eso es. Ya está. ¿Ves que fácil?).

La 1. Como actúo por poderes, he huido antes que saltasen unas alarmas en mi habitación (que poco aguante). Al salir le he hecho un giratorio corte de mangas al hombre lémur por naturales. Lo mío es puro espectáculo.

Mi amigo se ha quedado allí, a lo suyo, con el yoga. Qué hambre.

Las 2. He conseguido acceder a la cocina del hospital (hospicina). Judiones de “La Granja” estofados. Migas del pastor con sus huevos. Pastel de puerros y morcilla. Jarrete de cor-

dero lechal. Pimientos del piquillo rellenos de setas. Cabrito deshuesado y asado. Presa de cerdo ibérico asada con pimiento dulce. Pechuga de pichón... sangrante.

Las 4. Mi súper cuerpo está alcanzando cotas inimaginables de excitación en la zona del triángulo de las bermudas (voy en pantalón corto). De súbito, he sentido la imperiosa necesidad de cubrir una hembra.

Las 5. Tras perderme en repetidas ocasiones, entre vericuetos y recodos, he hallado mi sancta sanctorum. Un oasis virginal de cuerpos yacientes. Y molientes.

Las 6. He tenido que cejar en mi empeño cuando, en plena faena por estatutarios, he leído un cartel que decía bien claro: “Depósito de cadáveres”. Tanta indolencia me estaba haciendo sospechar y, aunque sarna con gusto no pica, he tenido que huir como un bisonte en estampida.

Las 7. Al salir del hospital me he dirigido hacia el coche verde de mi amigo, que, curio-

samente, allí se encontraba haciendo yoga. Cuando Yogaman me ha dejado en casa, me ha cogido la mano, mirado fijamente y susurrado al oído: mmmmmmm (creo que también lo hace mientras conduce).

Las 8. Estoy cansado. Al llegar a casa he hecho un somero repaso mental de la semana. Lujuria. Pereza. Las 9. Gula. Ira. Las 10. Envidia. Codicia. Las 11. Soberbia.

“Y mientras las cosas se caían a pedazos, nadie prestaba demasiada atención.”

Talking Heads.

## **XVII**

Hoy, al levantarme, me he sentido Nostradamus.

Anoche tuve una premonición. El País Semanal. Página 66. Sobresaltado, repitiendo mi sueño, le eché un vistazo al dominical. La revelación, a modo de servicio de contactos, decía:

“Francisquito. Anal. Machote. Ortopeda Relamido. Insaciable. Repito Aullando.”

Curioso. Al unir la primera letra de cada una de las palabras se desprende: FA MORIRA. Menudo dilema. ¿Quién es FA? ¿Qué debo hacer? Que hambre tengo.

Las 8. Café. Dos huevos fritos. Dos tostadas. Dos croissants. Dos napolitanas de chocolate. Marie Brizard. El País. Corriendo a casa. Toilette.

Echando la vista atrás caigo en la cuenta de algo que dijo mi archienemigo mientras me retuvo en Granada (como el Jesús Cautivo). El televisor estaba encendido y en La Sexta hablaban de Fórmula 1, creo. De súbito, musitó: “Al Alonso ése lo ponía yo a picar piedras para que supiese lo que es trabajar”. Media sonrisa y mirada oblicua. Joder.

Las 11. Definitivamente tengo que advertir a Fernando Alonso del peligro en que se encuentra y, de paso, restablecer el nuevo orden

mundial. Yo, el albornoz y mi moral distraída salimos de viaje.

La 1. El dinero que tengo sólo me alcanza para llegar a Madrid. De momento, y hasta que consiga mas recursos, cojo un tren que me deja en Atocha. Para evitar problemas y poder pasar desapercibido me he vestido de deportista al uso. Camiseta de futbol del Logroñés (regalo de yogaman), pantalón de chándal de los Marianistas, botas de futbol (con tacos de plástico para hierba artificial), sombrero Panamá y mi albornoz de súper héroe. En el fondo, soy un folclórico.

Las 3. Madrid. La gente me mira. Será envidia. Tengo que buscar un hotel. Que hambre.

Las 4. Hotel Villamagna. Junior Suite 303. Servicio de habitaciones: Huevo “de caserío” trufado y cocido a la inversa. Percebes descascarillados con salicornias, gelatina de su jugo y vapor frío con olor (leve) a mar. Puerro asado al carbón con reducción de garbanzos. Papada de cerdo ibérico con una curiosa flor durmiente. Bacalao asado sobre estofado de sémola con

“recuerdos” de sarmientos. Cochinillo ibérico confitado. Fresas y rosas.

El camarero me ha aconsejado cambiar mi atuendo de forma urgente para, al parecer, evitar que me detengan. Que cosas.

Las 6. Ermenegildo Zegna Boutique: Traje Crossover de lana con fondo estructurado azul de ojo de perdiz con dos botones y aberturas laterales. 1.570€. Camisa estampada de puro algodón con motivos Vichy y cuello abotonado oculto. 260€. Corbata de seda color burdeos con topos de sarga rosa. 120€. Cinturón de piel de becerro color negro con hebilla en paladio brillante. 250€. Zapatos negros de cordones con efecto lacado y suela de cuero. 425€. Total: 2.625€. Cárguenlo en la cuenta de mi habitación. Junior Suite 330. Que ilusos.

Las 8. Antes de ducharme (es día uno) e irme a la cama he hecho una pequeña excursión. Un sueño que, desde pequeño, he querido cumplir: visitar Leganés.

Las 9. Decepcionado, me he tenido que vol-

ver al no encontrar ni el Lago ni al monstruo.  
Cáspita.

Las 10. Duchado. Las 11. Afeitado. Las 12.  
Necesito dinero. La 1. Dinero. Las 2. Tengo un  
plan. Las 3. “Toda la justicia social descansa  
en estos dos axiomas: el robo es punible y el  
producto del robo es sagrado”.

Anatole France.

## **XVIII**

Hoy, al levantarme, me he sentido El Dioni.

Anoche, mientras dormía, tuve un apretón. A  
eso de las cinco, la furia del Manzanares —en  
una suerte de anticiclón diarreico— descargó  
contra la porcelana lacada haciendo naufragar  
a toda la tripulación. Chubascos moderados en  
la zona de la Sábana Santa.

Las 8. Marie Brizard. Licor de hierbas. ¿El  
Mundo? ¿La Razón? ¿ABC? (risas). El Jueves.

Las 9. Ayer hice unas llamadas a unos amigos de las Centurias Manchegas, mi antigua banda, y me confirmaron que enviarían a los mejores hombres disponibles.

Las 10. YOGAMAN. Como penitencia autoimpuesta por un secreto que solo él conoce, permanece en silencio y sin fumar desde hace más de seis meses. Es sigiloso como un Unagi (anguila de agua dulce) de la prefectura japonesa de Shizuoka.

LAS 11. RISATIN. Pese a la avanzada edad, el metro sesenta y su carencia capilar, sus carcajadas tienen el poder de atontar y alienar al enemigo temporalmente. Poseedor de una risa con efectos narcóticos, puede dormir al mejor político.

LAS 12. SEÑOR EKO. Cuando era un niño pobre en África, Eko no tenía nada que pudiera considerar suyo, pero estaba dispuesto a robar, engañar o mentir para mantener a su hermano menor, Yemi. Ahora su hermano ha muerto y, salmo 23 mediante, le gusta que todo arda. Es puro fuego.

LA 1. HOSTIPIERRE. Tiene el don de repartir mandobles por diferentes disciplinas marciales (soleares, alegrías, seguidillas e incluso, Chuck Norris dixit, por fandangos). Envío internos al hospital a toda la tripulación de un avión cuando, al pasar por las Islas Canarias, no vio el rectángulo de los mapas. Sobran motivos.

Juntos formamos la: Liga CASTellana para una Nueva TROica POPular (LICANTROPO). Natural.

Las 2. Tse-Yang, restaurante del hotel. Sopa de cangrejo y boletus. Hakao de jade y dim sum de oro. Cabracho al vapor con salsa de soja fina. Abalone con algas de río. Tallarines crujientes con carabinero. Delicias pekinesas a la plancha. Langosta estilo Mongolia. Langostinos con judías negras. Rodaballo con jengibre fresco. Pollito relleno de boletus. Pato al vapor con sake. Costillas de cerdo picantes. Surtido de setas y verdura. Hoja de loto rellena de arroz. Pato con foie gras, txangurro, huevas de salmón, boletus y shitake al aroma de trufa blan-

ca. Rollitos Otoño/Primavera. Tallarines Tse Yang. Arroz salteado al estilo Shanghái. Helado de nido de golondrina con frutas exóticas.

Las 5. Todo a mi cuenta. Junior Suite 403. Cuatro gintonic y un zumo de tofu (Yogaman no bebe). Las 6. El plan.

Las 10. Tras cientos de explicaciones, mapas, diagramas, bocetos y algún grito, han logrado entender el concepto. Cada uno ha entendido cual será su función mañana: su chabacano cometido en este desastre que se avecina. Cuando hemos hablado de dinero, me he puesto Pinocho. Que cosas. Y que triste estoy.

Las 12. Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.

Jorge Luis Borges.

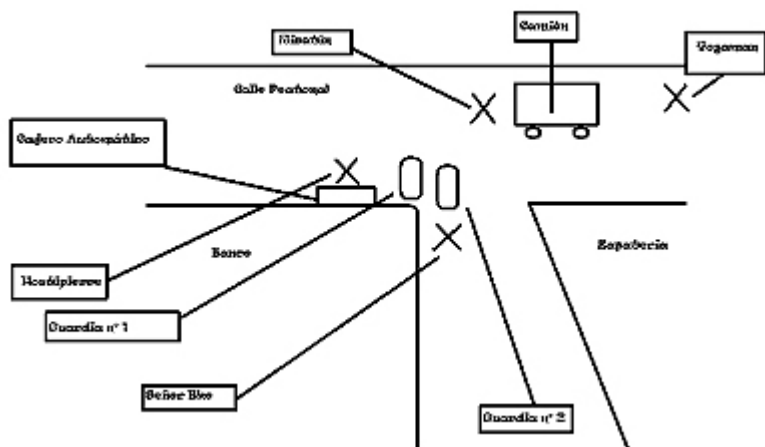
## XIX

Hoy, al levantarme, me he sentido un triángulo isósceles.

Anoche, mientras todos dormían, yo anduve fuera, fagocitándome unos gintonic. Tradición antes del golpe. (Por mi ascendencia irlandesa, supongo)

Las 8. Café. Marie Brizard. El País. Café. Café. Licor de hierbas. Café. Café. Que nervios.

Las 9. Una última mirada a mi croquis antes de quemarlo.



Todos los lunes, a una hora indeterminada y siguiendo una ruta que varía todos los días, un transporte de seguridad se apostó en la calle peatonal, frente al banco, para entregar una cantidad de dinero también indeterminada. Siempre en el mismo sitio. Sin ángulos muertos. Y hoy no iba a ser un lunes distinto al resto.

La 1. Cuando llevábamos más de tres horas esperando, llegó el camión. De la parte trasera salieron dos tipos con cara de pocos amigos y una bolsa en cada una de sus rechonchas manos. Cuatro bolsas semitransparentes atestadas de crujientes euros. Mmmmmmm.

Yogaman, en una suerte de postura del loto invertida (con los tobillos en las orejas), se hace pasar por un transformista occidental versado en las artes del yoga que solo anhela un donativo. La voluntad, piensa (Yogaman no habla).

Risatín pasea un perro, se llama Trotsky, como cualquier hijo de vecino con un perro más

grande que él. Señor Eko y Hostipierre se hacen el longui en el cajero. Yo, mutis por el foro.

Hostipierre, en una memorable y rendida actuación, sacudióle un mandoble al guardia n° 1 (que pasaba por su lado) arrojando el siguiente diagnóstico: hundimiento del mentón y mandíbula provocando una fusión fría con las cuencas orbitales y la nariz.

El Señor Eko, antes de atizarle con su palo sagrado al guardia n° 2, dijo unas palabras: “A pesar de que camine por valles de tinieblas, nada temeré, porque tú vas conmigo”. Luego miró el palo, después golpeó al guardia y finalmente le dio la extremaunción allí mismo. Y es que es muy sentido.

Momentos antes, Risatín se apostó frente al camión como un castor y una carcajada élfica brotó de su garganta dejando al conductor en una suerte de catatonia frutal.

Yogaman se hizo un nudo Wilson alrededor del cuello con sus elásticas piernas y todo el que pasó por allí, asombróse. De este modo na-

die se percató que había dos agentes de seguridad inconscientes en el suelo.

Hostipierre y el Señor Eko cogieron las bolsas. Risatín dio media vuelta y fue a devolver el perro al de la ONCE. Yogaman deshizo el nudo de su cuello, hizo una reverencia y se fue dejando a una muchedumbre absorta. Yo, en la distancia, también me largué.

Kerouac dijo: “La única gente que me interesa es la que está loca, la gente que está loca por vivir, loca por salvarse, con ganas de todo al mismo tiempo, la gente que nunca bosteza ni habla de lugares comunes, sino que arde, arde...”

“On the road”

## **XX**

Hoy, al levantarme, me he sentido George Clooney.

Anoche, tras hacer mis ejercicios de equilibrio, dormí junto al botín (921.974€).

Las 8. Café. Marie Brizard. El País. Marie Brizard. El País. Marie Brizard. El País.

Tras desayunar, nos hemos reunido todos en mi habitación. Por razones legales, el Señor Eko ha decidido abandonarnos. Tras darle su parte (184.394€), ha dicho unas palabras: “Me encanta el olor a napalm por las mañanas”, nos ha dado con el palo en el hombro y se ha ido. Que chico mas majo.

Las 12. Como soy igual de aficionado al arte que al sexo, me he llevado a los chicos al Museo del Prado (y que esta noche elijan ellos).

Una vez dentro, Yogaman se ha visto engullido por la pena, ojos de pescado mediante, al comprobar en sus carnes que la conservación de cuadros no tiene nada que ver con las bolitas de alcanfor, creo (Yogaman no habla).

Por otro lado, a Risatín, un grupo de coreanos del sur le ha confundido con una de las meninas de Velázquez. Deslumbrado por los flas-

hes, como un canguro puesto de coca, Risatín, asustóse.

Mientras tanto, a Hostipierre, intentaban registrarle un par de guardias de seguridad (debido a su disfraz de mapache, seguramente). La respuesta fue inmediata, recibiendo ambos sendas hostias de punto flotante. Menudo perillán.

Vista la situación, será mejor que nos larguemos. Yogaman ha dejado de oler los cuadros y me ha seguido. Risatín ha huido de los flases haciéndose pasar por un estudiante de secundaria. Hostipierre ya estaba fuera, fumando. Que hambre.

Las 2. Restaurante indio. Empanadillas de verduras. Rollitos de queso con cebolla. Pastelitos de patata. Buñuelos de cebolla con harina de garbanzos. Merluza a la leche de coco con fideos de zanahoria al comino. Machli Bengal —Curry de merluza—. Pollo campero al curry con arroz basmati y chutneys caseros. Seek kebab —Pinchos de carne de cordero macerados al horno tandoor—. Helado de moras de Oriente con yogur griego. Tarta de chocolate y menta.

Las 5. He recibido un fax. Tras despertar a los chicos de su siesta, les he explicado la situación. Dice lo siguiente:

“M ha reclutado pareja de profesionales. Se dirigen a París. Objetivo FA. Adjunto datos.”

Las 9. He comprobado en el Marca que Fernando Alonso se encuentra en París de asueto invernal. Estará allí hasta el sábado. Y nosotros que nos las prometíamos tan felices. El mundo es una puta locura.

“Dicen que la muerte es lo que te mata, pero no. Lo que te mata es el aburrimiento y la indiferencia”.

Iggy Pop.



## AGRADECIMIENTOS:

- A Manolo Muñoz por el prólogo.
- A Jesús Juan Recuero por la portada.
- A Gustavo Gonzalo, amigo y lector fiel, por estar ahí... siempre.
- A Raúl Martín Fernández (primo, amigo y confesor) por creer en mi.
- A Pedro Minguillán, Valentín Delgado, Julián Pavón y Alfonso Arévalo (“PSYCHO” boys) por los mejores momentos.
- Al bar “El Estrecho” de Marbella (y, especialmente, a Ildfonso Guerrero), idílico lugar donde germinaron parte de estos relatos.

Y a Marina Solís, por su sonrisa...

